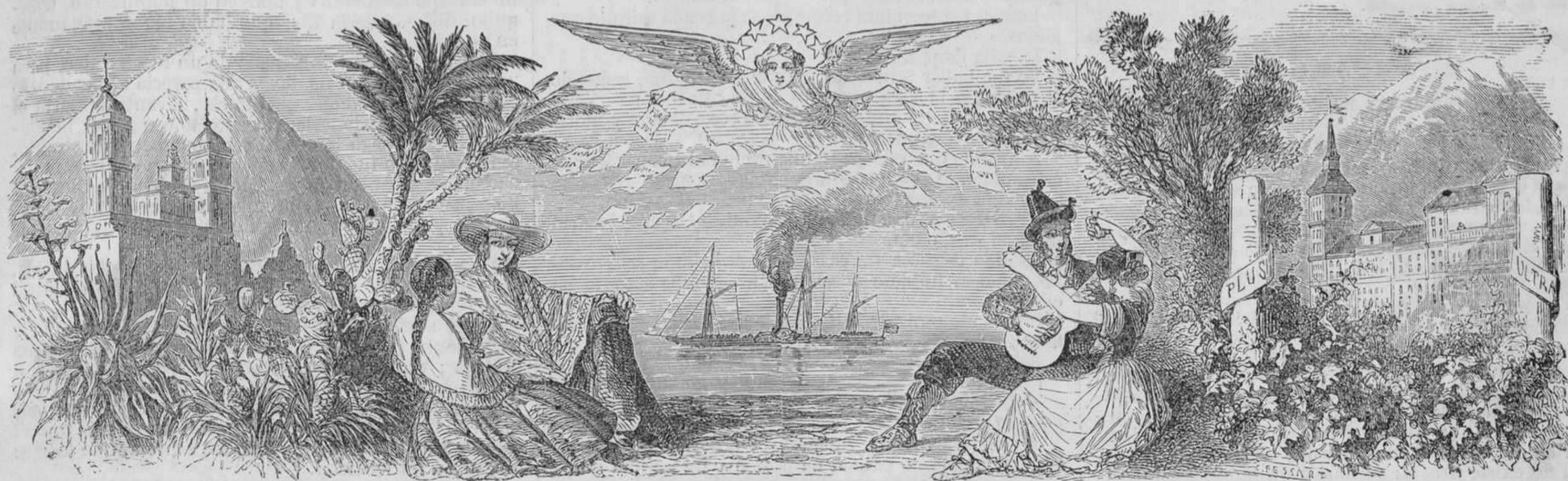


EL CORREO DE ULTRAMAR

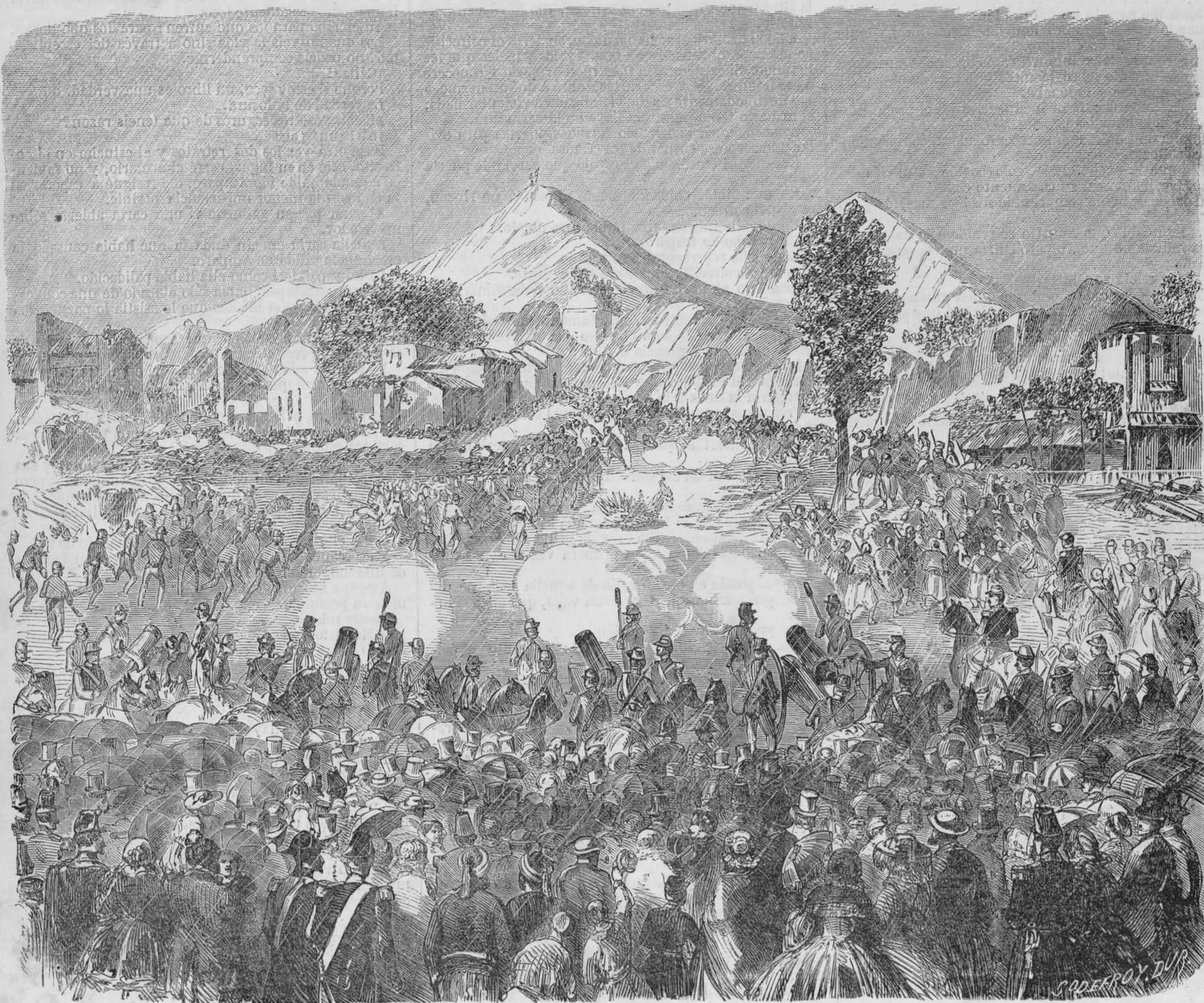
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

Año 16. — Nº 245.



Fiesta del 15 de agosto de 1857. Pantomima militar ejecutada en el teatro del Campo de Marte.

SUMARIO.

Fiesta del 15 de agosto de 1857; grabado. — Amparo. — Exposición de bellas artes de 1857; grabados. — Poesía alemana. — Revista de París; grabado. — Ferro-carril de Nantes á San Nazario; grabados. — Eufrasia. — La inauguración del Louvre; grabados. — La Asunción, de Rubens; grabado. — Neal Malone. — Boletín científico. — Establecimiento hidroterápico del Hub en el ducado de Baden; grabados.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Conclusion).

— Pues tranquilízate completamente, me contestó: yo nada deseo, nada quiero mas que tu amor... tu amor tal cual le siento, tal cual yo le siento por tí: hermanos, siempre hermanos: dos y uno... ¿no es cierto que es una felicidad que podamos amarnos de este modo?

— ¡Oh! si el mundo conociese la verdad de nuestra posición, ¿qué diría?

— Se burlaría de nosotros, porque el mundo, que nunca profundiza, que nunca pasa mas allá de las apariencias, es muy injusto, ó por mejor decir, muy ciego. Pero si el mundo supiese que entramos hemos amado y sufrido; que de nuestro sufrimiento y de nuestra lucha solo hemos sacado la conciencia ilesa, comprendería nuestra mútua posición: tú has dejado enterrado tu amor en el lodazal de tu juventud; ha muerto allí sofocado, no existe para tí: yo amo á un fantasma imposible, y entramos, con el corazón vacío para ese amor ardiente que Dios ha puesto en el alma del hombre y de la mujer, satisfechos el uno del otro, nos apoyamos mútuamente y nos amamos con un amor infinitamente mas puro. Debemos, pues, dar gracias de nuestra felicidad á Dios.

¿Me habia yo engañado la noche antes?

¿Era en efecto feliz Amparo?

¿O era que tenia tanta fuerza, tanto poder para ocultar su sufrimiento como para soportarle?

Nunca me pareció un día tan largo.

Cuando nos separamos aquella noche ya bastante tarde, corrí a mi acahadero.

Amparo no estaba inmóvil como la noche anterior: tenia un cofrecito sobre la mesa y sacaba de él papeles escritos, que leía y ordenaba.

Amparo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, lloraba leyendo aquellos papeles.

Lloraba de una manera desconsoladora, comprimiendo sus sollozos.

¿Era que la noche antes, sobrecogida, aturdida del golpe, por llamar así su casamiento conmigo, la intensidad del dolor habia comprimido sus lágrimas, anegado sus sollozos?

Era indudable que Amparo se rendía á su dolor.

Era indudable que Amparo sufría una desgracia inmensa.

Y leía y releía aquellos papeles.

¡Cartas sin duda del hombre á quien amaba!

Después ví en sus manos un medallón que sacó tambien del cofrecito, parecía un retrato.

Amparo le estrechó contra sus labios, le separó de ellos; le miró de una manera ansiosa, y exclamó:

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡tened compasión de mí!

Se puso á escribir lentamente.

Con mucha frecuencia se abstraía y pasaba sin escribir un largo intervalo.

Luego volvía á escribir.

Pasó así gran parte de la noche, y después recogió en el cofre los papeles y el retrato, guardó cuidadosamente el cofre en un armario, se desnudó y desapareció tras las cortinas de su alcoba.

Yo no supe ya que pensar de Amparo.

Pero me cubrí con el mas perfecto disimulo, como ella se cubria conmigo.

Nos tratábamos como si hubiéramos vivido juntos desde nuestros primeros años.

Las gentes nos creían el matrimonio mas feliz del mundo.

La tranquilidad aparente de Amparo cuando yo era testigo de su agonía nocturna, de sus lágrimas y de lo intenso, de lo vivo, de lo inalterable de su amor hacia aquel hombre, que era para mí un misterio, la tranquilidad ficticia de Amparo, repito, me irritaba.

Durante un mes pude sufrir la lucha entablada entre mi razón y mis celos; pero llegó un día en que me estremecí.

Empezaba á perder la razón; antes de perderla enteramente, tomé una resolución decisiva: la de separarme de Amparo que era para mí un tormento y un peligro con el pretexto de un viaje para ir á visitar á mi tio.

Amparo nada me dijo cuando la anuncié éste viaje mas que las siguientes palabras:

— Espero que volverás pronto.

Aquella noche salí de Madrid en una silla de posta. Mi resolución era no volver á ver mas á Amparo.

Pero para cumplir una resolución es necesario ser dueño de sí mismo, y yo no lo era.

Parecía... voy á procurar explicarme: parecía que

mi alma habia quedado fuertemente asida á Amparo, y que cada vuelta de las ruedas de la silla de posta que me conducía estiraba mi alma, haciéndome sufrir un tormento inexplicable.

Llegó un punto en que no pude resistir mas.

Habia pasado algunas horas de una tortura aguda que se hacia mas dolorosa á medida que me alejaba de ella.

Mandé al conductor que volviese á Madrid.

Luego, le ofrecí una recompensa por cada minuto que ganase.

La silla de posta volaba.

Yo me habia propuesto apurar mi destino, cediendo sin resistencia á los impulsos de mi corazón.

Habia resuelto quitarme mi doloroso disfraz y morir poseyendo á Amparo.

A medida que este pensamiento tomaba consistencia, estimulaba al conductor prometiéndole mas.

La silla apenas tocaba con las ruedas al camino.

A pesar de esta agudez, no pudimos llegar á Madrid hasta el medio día.

Cuando llegué á mi casa, subí anhelante las escaleras como si hubiese estado mucho tiempo ausente de ella.

Dominado aun por la fiebre, entré en las habitaciones de Amparo.

No estaba en ellas.

Pregunté á mi ayuda de cámara, y me dijo:

— La señora acaba de salir.

— ¿Y á dónde?

— Han traído una carta, y la señora apenas la ha leído se ha puesto pálida, ha pedido á Teresa una mantilla, y con el traje de casa, acompañada de la misma Teresa, ha salido precipitadamente.

— ¿A pié?

— Sí, señor, á pié.

— ¿Y no sabe Vd. á dónde ha ido?

— Nada ha dicho la señora.

Despedí á mi ayuda de cámara y me quedé solo paseándome por mi cuarto, aterrado, sintiendo no sé qué receos.

Ya no sabia qué pensar de Amparo; era para mí un misterio.

De repente, una idea poco digna, pero disculpable en la situación en que me encontraba, me llevó á su dormitorio.

« En el armario, me habia dicho, encierra el cofrecillo donde tiene el retrato que besa, y los papeles que lee llorando. Si es necesario forzaré el armario y conoceré á ese hombre, leeré esas cartas, sabré á qué atenerme. »

Afortunadamente no me ví obligado á violentar nada; el armario tenia puesta la llave en la cerradura.

Antes de abrir el armario cerré las puertas para evitar una sorpresa casual de los criados.

Luego abrí temblando el espejo que servia de puerta al armario.

En una tabla, cuidadosamente pegada á un rincón, estaba el cofrecillo.

En aquella misma tabla habia otro objeto.

Un gancho de traperó.

El gancho representaba su pasado.

Acaso el cofrecillo constituía su presente.

Acaso yo al abrir aquel cofrecillo determinaría su porvenir.

Cuando el porvenir es sombríamente misterioso, tememos conocerle, como el preso por una causa grave teme conocer la sentencia del juez.

Durante algunos minutos, vacilé; dudé si debia desentrañar el misterio que guardaba aquel cofrecillo, ó si preferia la duda á la verdad.

Tres veces extendí mi mano hácia el cofrecillo, y tres veces la retiré.

Pero por terrible que sea la verdad es preferible á la duda.

Me apoderé al fin del cofrecillo; le puse sobre la mesa, y le abrí.

Al abrirle mi corazón no latía.

Lo primero que ví fué un pequeño estuche.

Le abrí y encontré... la cruz de brillantes que la habia regalado el día que por primera vez almorzó conmigo.

La existencia en el cofrecillo de aquella cruz me dió no sé qué aliento, qué esperanza vaga, qué alegría íntima.

Luego seguí en mi inspección.

Buscaba el retrato y le hallé cuidadosamente envuelto en un papel muy usado.

Necesité hacer un violento esfuerzo para mirar aquel retrato; pero cuando le miré...

¡Oh Dios mio! Cuando le miré creí morir.

El retrato que Amparo besaba llorando; que estrechaba contra su corazón y contra sus labios, contemplando el cual pasaba inmóvil hora tras hora... aquel retrato...

¡Aquel retrato era el mio!

¿Me habia yo engañado?

¿Habria otro retrato en el cofrecillo? ¿Seria aquel otro el que besaba Amparo?

Revolví, busqué, y encontré otro retrato.

Pero era un retrato de mujer, y tenia el marco negro.

Yo estaba seguro de que el retrato que besaba Amparo estaba contenido en un medallón dorado.

Aquel retrato era el mio.

Sentí una vaguedad fría en mi cabeza: mis ojos se oscurecieron, no pude sostenerme de pié, y me senté en el mismo sillón en que ella se sentaba.

Y allí replegado sobre mí mismo, con la cabeza entre mis manos, creí revolviendo mi destino, pasar mis dudas y mis celos, calmarse lentamente mi desesperación, desaparecer mi presente de hacia un momento, é ir creciendo aquel mi otro presente que hacia un momento habia nacido.

Sentí comprimirse mi corazón, como necesitado de arrojar de sí un peso insostenible, y luego sentí que mi corazón se dilataba y lloré en un llanto largo, tranquilo, dulce, toda la hiel que habia ido depositándose en mi corazón.

Y luego me sentí inflamado de un fuego dulce, para mí desconocido; de un fuego que parecia aislar dentro de sí mismo mi alma, purificarla, levantarla hasta el cielo; parecíame tenerla en contacto con Dios, bendecida por él; luego me sentí completamente abstraído, espiritualizado fuera del contacto de todo lo terreno, y parecíame tocar con mi espíritu el espíritu de Dios, del Dios justo y bueno que premia á los que lloran, y creí en Dios y le confesé con la inmensidad de mi pensamiento.

Y ya no dudé, no; y al consagrar mi felicidad á Dios, me alcé fuerte y tranquilo, lleno de vida, de juventud y de esperanza.

Aquel sueño de redención y de paz habia pasado, y su reciente recuerdo difundía en mí ser una calma inefable; ya mi aliento no salía ronco y fatigoso de mi pecho: la vida me era fácil; el sol que penetraba por las ventanas del jardín tenia color de gloria; mis ojos veían luz; mi pecho respiraba aire; parecíame que el espacio era armónico, que todo me sonreía, que todo se asociaba á mi felicidad.

Al fin habia encontrado aquel amor infinito, necesidad ardiente de mi alma.

Al fin Dios me dejaba ver al ángel de fuego que debia ser mi paz y mi gloria sobre la tierra.

Amparo me amaba.

Yo era el hombre mas rico de la tierra; todo lo que habia ansiado lo tenia.

Los que no hayais amado con toda vuestra alma y sin esperanza, no podeis comprender lo que acabo de decir.

Os reireis de mí, y creereis hacerme mucho favor llamándome solamente loco.

Yo escribo para los que sufren; para los que lloran.

Los que no veis la vida sino á través del escepticismo, no podeis comprenderme.

¡Callad!

Porque si estoy loco, mi libro es una verdad.

La verdad de la locura.

¿Estais vosotros seguros de que teneis razón?

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Puse otra vez los dos retratos y el estuche en el cofrecito, este en su lugar, cerré el armario, y no sabiendo á dónde habia ido Amparo, me resigné á esperar su vuelta con la menor impaciencia posible.

Al pasar por su gabinete ví una carta abierta sobre un velador.

Aquella carta era sin duda la que habia causado la precipitada salida de Amparo.

La leí y palidecí como ella habia palidecido.

El padre Ambrosio habia sido atacado de una congestión cerebral, y el médico que le asistía lo participaba á Amparo.

Entonces comprendí por qué Amparo habia salido de casa con tal precipitación.

Yo salí del mismo modo y recorrí en algunos segundos la distancia que separaba mi casa de la del exclaustro.

La primera persona que encontré en la habitación del religioso sentada y triste junto á una puerta cuyas cortinas estaban corridas, fué á Amparo.

Al verme se levantó de una manera nerviosa, y sus ojos se fijaron en mí con una alegría inmensa; pero aquella alegría tuvo la duración de un relámpago.

— ¡Ah! dijo: yo no esperaba... que volviérais tan pronto.

— ¡Oh! sí, la dije: no puedo vivir separado de tí.

Y acercándome á ella la abracé y la besé en la boca de una manera ardiente.

Amparo dió un grito, se retiró y me miró de una manera profunda.

Yo me rehice.

— He visto la carta en que te anunciaban el triste estado de nuestro amigo, la dije.

— ¡Oh! sí, dijo ella rehaciéndose á su vez: yo corrí, volé, pero, añadió tristemente, todos hemos llegado tarde.

— ¡Ha muerto!

— No; pero no hay esperanza: se ha hecho cuanto puede hacerse.

Amparo calló y quedó profundamente triste.

— ¿Y estás... sola?

— Sí... el infeliz duerme... Teresa ha ido á casa para que vengan Juan y María: he mandado traer una cama: me siento mala, desesperada; Luis, era mi padre.

El buen exclaustro murió aquella misma tarde.

Amparo volvió á casa desolada, impresionada fuertemente: se encerró en su aposento y yo respeté su dolor.

Me ví obligado á continuar durante algunos días mi antiguo papel de hermano.

Al fin una mañana Amparo me dijo:

— Siéntate á mi lado, Luis.

Me senté en el sofá junto á ella.

— Necesito que me expliques, me dijo, ciertas cosas que no comprendo bien. Desde que has vuelto de tu extraño viaje eres otro.

— ¿Otro?
— Sí por cierto. Antes sufrías; ahora no sufrés; antes no tenías ni fe ni esperanza; ahora... Luis, yo veo en tus ojos otra vida... Luis, tú has encontrado la felicidad que buscabas... yo quiero saber la causa de tu felicidad.

Amparo tenía menos paciencia que yo, y pasaba la primera el límite que tácitamente nos habíamos señalado.

Quise facilitarla el camino adelantándome á ella.
— Te engañas, Amparo, la dije; yo no soy feliz bajo el punto de vista que tú crees.

— ¡Oh! sí, sí: yo no me engaño, me respondió.
— Pues te has estado engañando hasta ahora: por mejor decir, yo he sabido engañarte.

— ¡Tú!
— Sí.
— ¡Cómo!
— Tú no has conocido mis celos.
— ¡Tus celos! ¡amas acaso!
— Sí, con toda mi alma, con toda mi fe, con todo mi entusiasmo.

Y la rodeé un brazo á la cintura.
— ¡Oh! ¡qué es esto! ¡Dios mío! exclamó Amparo levantándose pálida como un cadáver.

— Mis celos son justos, dije fingiéndome desesperado: tu amor hacía un ser misterioso te hace horrible toda demostración de amor por mi parte.

Amparo continuaba de pié aterrada, muda, pálida, fijando en mí una mirada llena de ansiedad, de temor, de duda, ávida, dolorosa, suplicante, llena de impaciencia.

Yo la atraje á mí y la senté sobre mis rodillas sin que ella opusiese resistencia; inclinó la cabeza sobre el pecho y luego la alzó, me miró destellando de sus magníficos ojos negros un fuego casi divino, y me dijo con las manos puestas sobre mis hombros con la boca entreabierta, los labios trémulos, embriagándose con el perfume de su aliento:

— ¡Luis, Luis! ¡ten compasión de mí!
Y luego reclinó la cabeza sobre mis hombros y rodeó sus frescos brazos á mi cuello.

— ¡Yo te amo! la dije con voz opaca y ardiente rozando con mis labios sus mejillas.

Amparo se estremeció y rompió á llorar.
— ¡Te amo, continué, no sé desde cuándo! Me parece que te he amado toda mi vida, que te amaba antes de nacer.

Amparo se estrechó mas contra mí.
— He callado porque debía callar; he sufrido cuanto he podido sufrir; pero ya no puedo sufrir mas porque tengo celos.

Amparo levantó su cabeza de sobre mis hombros y me miró con una expresión triste, grave, solemne, á través de sus lágrimas.

Luego me dijo con una voz opaca y reconcentrada:
— ¡Celos tú! ¡celos por mi amor y celos de otro hombre! ¡Esto es horrible! ¡esto no puede ser!

Fué para mí tan inesperada esta exclamación de Amparo, que me estremecí, y brotaron á mis ojos sin duda todos mis enamorados deseos, porque las mejillas de Amparo se coloraron, y pasó por sus labios una indicación de sonrisa inefable.

— ¿Con que yo lo soy para tí? añadió; ¿con que has sufrido y has callado y has mentido, como yo he sufrido, mentido y callado? ¿Con que por una obcecación mutua hemos estado á punto de ser los mas desgraciados de la tierra?

— ¿Pero ese hombre? ¿ese hombre á quien amas? ¿ese imposible de tu deseo?...

— Ese hombre eras tú, me dijo exhalando en un grito inmenso toda su alma y dejándose caer abandonada y trémula entre mis brazos.
— ¡Oh! ¡qué feliz soy, añadió sollozando de placer; ¡Dios y tú!

La memoria es un don funesto.
¡La memoria que nos trae en la desgracia el encendido recuerdo de la felicidad perdida!

¡Oh! ¡la memoria!
¡Si Satanás no tuviese memoria, no estaria condenado!

Después de esto habia en el manuscrito que me habia entregado mi amigo el loquero del hospital de Zaragoza, algunas hojas rasgadas.

Púsome de muy mal humor esta laguna que aparecia de repente, como en la parte mas interesante de la historia de aquel pobre loco; y tanto mas, cuanto en algunos girones de hojas que habian quedado adheridas, se leían algunas frases que demostraban que Luis no habia sido muy feliz después de su matrimonio.

Pero para subsanar en cierto modo esta falta, quedaban íntegras mas allá de las hojas rasgadas, algunas otras escritas con seguridad, y aun nos atreveremos á decir con reflexión, en estado de razón completa.

He aquí aquellas páginas:

He despertado de un largo sueño.
No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño.
Pero ha debido de ser largo.
Me he encontrado en una prisión.
Esto es: en un pequeño aposento, cuya puerta demasiado fuerte, tiene una rejilla espesa, y al que da luz

una ventana con reja que corresponde á un jardín abandonado.

En este aposento he visto algunos muebles modestos y una cama de forma extraña, inclinada, y á lo largo de cuyas maderas hay algunas correas.

Estas correas demuestran que algunas veces ha habido necesidad de sujetar en aquel lecho á la persona que en él durmiese.

Estando ese lecho en mi aposento, ó yo en el aposento donde está ese lecho, claro es que la persona á que alguna vez se han visto en la necesidad de sujetar soy yo.

¿Y porqué razón ha podido haber esa necesidad de sujetarme?

Yo no me acuerdo de nada.
Tengo un recuerdo confuso de una noche en que bebí demasiado, en que me excité demasiado, en que ardia mi cabeza, en que me parecia sentir dentro de ella un vacío doloroso.

Recuerdo que entonces tenia yo veinte y cuatro años; que era desgraciado, porque la vida era para mí monótona; porque me habia hastiado de todo.

Recuerdo que yo buscaba una vida artificial en los excesos, en el abuso de los licores fuertes.

He debido pasar mucho tiempo sin la conciencia de mi existencia, ó mejor dicho, el período de mi existencia cuyos sucesos no recuerdo, ha debido de ser largo.

Porque me he mirado á un espejo que tengo aquí colgado en la pared, y me he encontrado viejo, enfermo, horriblemente demacrado, con todas las señales de la tisis.

He encontrado sobre mi mesa un manuscrito; manuscrito mio: no puedo dudar de ello.

Ese manuscrito me ha dicho que he estado loco, que he soñado.

Que he vivido muchos años entregado á una pesadilla dolorosa y que despierto para morir.

He recobrado indudablemente la razón.
Al entrar un hombre con mi comida, me ha mirado con asombro, y me ha llamado «señor duque.»

¡Con que ha muerto mi pobre tío!
¡Con que es verdad lo que dice ese manuscrito!

¿Quién sabe?
He preguntado acerca de mí mismo, acerca de mi tío, y nada ha sabido contestarme el director del establecimiento.

Un día me trajeron aquí, porque estaba enteramente loco.

Un curador, nombrado judicialmente, ha cuidado de mis bienes, porque yo no tengo parientes.

He mandado llamar á ese hombre.
— ¿Qué sabe Vd. de la causa de mi locura? le he preguntado.

— Nada puedo contestar á V. E., me ha respondido, sino que fué recogido de las calles públicas por donde V. E. discurría diariamente perdida la razón: ningun pariente se presentó á reclamar la curaduría de V. E. como demente, y esa curaduría se me ha conferido por providencia judicial: V. E. ha recobrado la razón, y estoy dispuesto á darle cuentas.

— No se trata ahora de eso. ¿Soy yo viudo?

— Lo ignoro, señor: en Zaragoza se sabe únicamente que un día llegó V. E. en una silla de posta, procedente de Madrid, á la fonda de las Cuatro Naciones, en donde tomó el mejor aposento: en el pasaporte de V. E. constaban su nombre y su título: muy luego se comprendió que V. E. estaba gravemente enfermo: al cabo su enfermedad se agravó: lo que antes era una monomanía tranquila, se convirtió en una locura furiosa, y fué preciso...

— Bien, bien: pero para reconocer mi título y mi nombre debió identificarse mi persona.

— Si señor.

— ¿Y no consta en las diligencias judiciales mi estado?

— No señor.

— ¿Y nadie me conocia en Zaragoza?

— No señor.

— Pues bien: es necesario que Vd. ú otra persona de confianza vayan á Madrid; yo daré á Vd. ó á esa persona cartas para mis antiguos amigos. Necesito saber un período de mi historia que durante mi enfermedad he olvidado.

Este hombre, que es un honrado propietario aragonés, ha partido para Madrid.

Pero me temo que cuando vuelva...
Esta tos seca, lenta, sin esfuerzo...
Me he visto obligado á guardar cama.

¡Amparo!

¡Una mujer formada por la educación, sostenida por la virtud, por lo exquisito de su sentimiento!

Esta mujer debe haber sido un sueño mio.
Esta mujer no ha existido.

Ha sido un hermoso sueño de primavera.
Una horrible pesadilla de verano.

¡Esa mujer!
¿Y si ella hubiera existido?

¿Si no hubiera sido el sueño de un loco sediento de amor?

¡Oh! ¡qué horrible desgracia!

He rasgado la parte mas dolorosa de ese sueño ó de esas Memorias.

La he rasgado y la he quemado temeroso de volver á la locura si leo mucho ese fragmento horrible.

Pero su recuerdo está fijó en mi memoria.

Un día entré yo en mi casa, como suele entrarse por casualidad, sin ser notado.

En el gabinete de mi mujer hablaba un hombre.
Uno de mis mayores amigos.
Pretendia una cosa horrible.
Pretendia que ella me hiciera traicion.

Yo maté á aquel hombre.
Le maté como mata un caballero á un infame que le ha ofendido.

En duelo, con peligro de mi vida.

Todo esto ha debido ser un sueño.

¡Pero qué sueño tan horrible!

Y si no ha sido sueño, ¡qué verdad tan aterradora!

Parece que Dios me ha dicho:
«Tú dudaste de mí, y me negaste al cabo.

» Yo tuve compasión de tí, y te envié en Amparo un ángel de redención:

» Después te sujeté á una prueba;
» Te hice sufrir una injuria;

» Tú no supiste perdonar la injuria, y levantaste tu mano armada contra un hombre y le mataste;

» Tú no eres merecedor de la felicidad.
» El ángel que yo te habia dado vió sangre humana en tu frente y se horrorizó de tí...

» Y el horror le mató.
» Le mató como un tósigo lento.

» Y el hijo, el hermoso hijo que el amor de Amparo te habia dado, privado de la ternura de su madre murió tambien...

» Y tú enloqueciste.
» Y como Cain el maldito fuiste separado de tus hermanos.»

Si esto ha sido verdad... ¡oh Dios mío! tu justicia ha sido severa; severa é implacable.

Si ha sido un sueño, ¿para qué me has dado ese ardiente sueño, Dios mío, ese sueño escrito por mi mano, que me hace dudar, que me envuena el alma?

¿Será acaso ese sueño un castigo á mi impiedad, á los impuros desórdenes de mi juventud?

¡Cuánto tarda ese hombre que ha ido á Madrid!

Me siento cada día mas débil.
Cada día escribo con mas dificultad.

Ignoro si podré concluir.

Escribo estas últimas líneas en el lecho.
Apenas tiene fuerza mi mano para sostener la pluma.

Tal vez ese hombre no llegue á tiempo.
Oídme por la última vez:

No dudeis de Dios: si sois desgraciados, aceptad resignadamente la desgracia: si Dios os da la felicidad no os hagais indignos de ella; y nunca, oyendo la voz de vuestras pasiones, siguiendo á ese fantasma que se llama honor, echeis sangre sobre vuestra frente; sufrid y perdonad, no sea que os pregunte Dios cuando en un momento de desesperación le pidais cuenta de vuestra desgracia:

¡Cam! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

Aquí concluan las Memorias del loco.
Tuve la tentación de esclarecerlas, pero me detuvo el temor de encontrar en el esclarecimiento de estas Memorias algo demasiado horrible.

Si hemos presentado á nuestros lectores una obra incompleta, perdónennos, porque no hemos podido hacer mas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Exposicion de bellas artes de 1857.
(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243 y 244.)

Entre los varios pintores belgas que han enviado cuadros á la exposicion de Paris, figura en primera línea M. STEVENS (Alfredo). Su obra principal titulada *Consuelo*, representa una viuda acompañada de su hija, ambas vestidas de luto, visitando á una señora cuyo traje vistoso y elegante contrasta con el color negro que cubre á las primeras. Todas las oposiciones á que se presta el asunto se hallan perfectamente comprendidas. Después de esta escena sentimental vienen dos cuadros donde la acción es insignificante.

M. WILLEMS tuvo un día una linda vision de una jóven rubia vestida de raso blanco, y se enamoró de la seditaria y de la cabellera hasta el punto de repetirla constantemente en sus composiciones. Cuatro cuadros ha expuesto M. Willems y en todos ellos se encuentra la figura susodicha. Por primera vez vemos en Paris las obras de este jóven; pero le aconsejamos que si quiere interesar al público, debe ser mas variado, debe dar expresión á las fisonomías y evitar esos tonos pesados que se notan en la ejecución de los vestidos.

M. VAN MOER ha expuesto tres vistas de Venecia, á saber: el *Canal de San Juan y San Pablo*, — la *Puerta de entrada del palacio ducal* y un *Interior de la iglesia de San Marcos*. Todas ellas tienen un brillo excesivo que daña la vista. Sin embargo, esto está en la verdad: son fragmentos de Venecia fotografiados mas bien que pintados.

M. DILLENS demuestra mucha naturalidad en su *Fiesta de aldea* y en el *Interior de una quinta*; solo se le puede decir que sus frescas y rubicundas figuras tienen un aire de familia. — M. BLÉS de la Haya, conocido ya en

Paris por varias composiciones en que se descubre mucho espíritu de observación y cierta originalidad, ha exagerado la sequedad de su ejecución en su *Ramilletera*, donde ha repetido sus mismas cabezas femeninas.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. CABANEL. *Otelo contando sus batallas*. — En nuestro artículo del núm. 243, hemos dicho ya cuatro palabras sobre este artista. El cuadro que hoy reproducimos se resiente de los defectos peculiares á este pintor, falta de animación y de originalidad. Otelo está de pie en el balcón de un palacio veneciano; Desdemona sentada á los piés de su padre alza el cuello de un modo violento y escucha con avidez sus palabras. El pérfido Yago con su vestidura encarnada se halla medio oculto en un rincón. El único personaje que tiene un poco de individualidad, es el padre de Desdemona: escucha atentamente, y sus labios contraindican el enojo que comienza á causarle la prolonga-



Exposicion de 1857. — Otelo contando sus batallas, cuadro por M. Cabanel.

da relacion que ha provocado. Otelo es un moceton muy poco shakspeariano. La ejecución acusa bastante esmero.

M. VALERIO. *Músicos tsiganos (Hungria)*. — Los tipos de gitanos que se ven en esta composición de M. Valerio, forman parte de la interesante colección etnográfica recogida por el artista en los Estados de Austria. Nada más característico que esos parias esparcidos por todo el mundo en cada país con un nombre diferente: M. Valerio nos ha pintado una cuadrilla de ellos que ganan su vida ejecutando una música tan salvaje como sus personas. Además de este cuadro en que se nota un tono vigoroso aunque algo pesado, el artista ha expuesto varias aguadas representando aldeanos de los países que ha recorrido.

M. GIRAUD (Eugenio). *El caballero*. — El jinete que se alza sobre sus estribos para contemplar á menos distancia la fisonomía expresiva de esa jóven, la andaluza que se sonríe en su balcón, el sol que lo ilumina todo, y el estilo franco con que M. Giraud interpreta esa escena de luz tan viva, hacen de ese

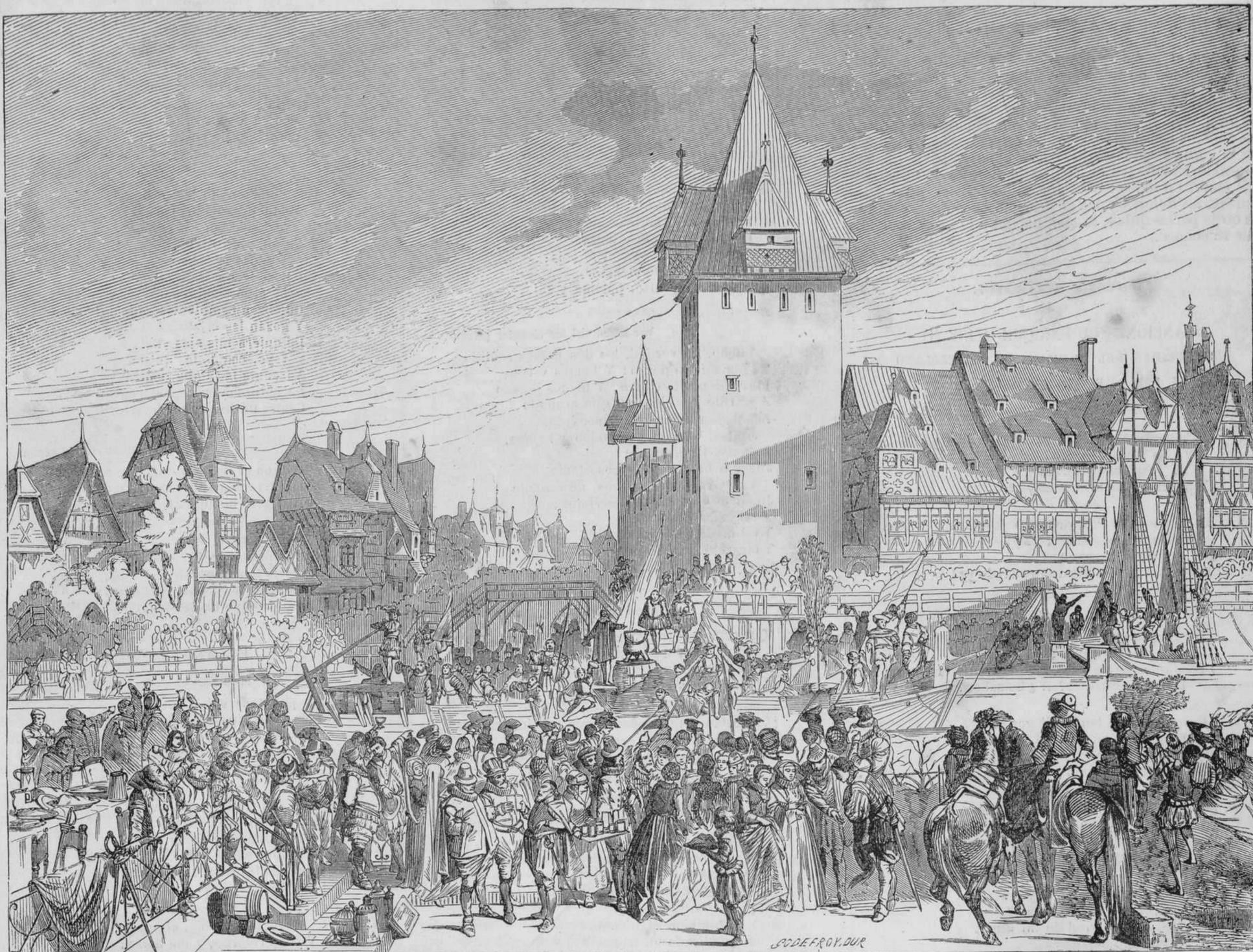
cuadrito una cosa agradable á la vista y que no debe ponerse en tela de juicio. Sin embargo, al recordar que M. Giraud alcanzó en 1826 el gran premio en Roma por el grabado, quiere uno buscar alguna analogía entre su modo de ma-



Músicos tsiganos, cuadro y dibujo por M. Valerio.



El caballero, cuadro y dibujo por M. E. Giraud.



Exposición de 1857. — Llegada á Estrasburgo de los tiradores de Zurich para el gran tiro federal celebrado en 1576, cuadro por M. T. Schuler.

nejar hoy el pincel y el trabajo paciente del buril que ha abandonado. La única relación que se observa es la franqueza y la precisión de la imagen no se ve una cosa estudiada como podía esperarse de un grabador, sino por el contrario una cosa de idea, tratada sin misterio. Es una cualidad brillante.

M. SCHULER. Llegada á Estrasburgo de los tiradores de Zurich para el gran tiro federal celebrado en 1576 y su recepción por los delegados. « Unidos con los de Estrasburgo los de Zurich, queriendo probar á sus buenos amigos con qué rapidez acudirían en su socorro si llegara el caso, bajaron el Rhin en un solo día de Zurich á Estrasburgo. » M. Schuler es conocido ya como un artista de mérito. El cuadro reproducido aquí forma una composición complicada, cuyas numerosas figuras están tratadas con cuidado, si bien pierden mucho de su interés por su misma multiplicidad, pues en pintura y en escultura, el interés, en vez de ir creciendo



Familia de pescadores en la Laponia sueca, cuadro por M. Hockert.

con el número de figuras, disminuye. Así se explica cómo las batallas por bien pintadas que estén, dejan en el ánimo del espectador una impresión tan poco duradera. El tumulto de un combate, el brillo y el movimiento de una fiesta, son simplemente espectáculos, en tanto que algunas figuras reunidas, una sola cabeza á menudo pueden ser ocasión de un drama mas íntimo, y en todo caso constituyen imágenes precisas que se graban mejor en la memoria.

M. HOCKERT. Familia de pescadores en la Laponia Sueca; traje de verano. — ¿ Si tal es el traje de verano, como será el del invierno? Mucho cuesta creer que habite gente en climas tan inhospitalarios. Esta reproducción del interior de una cabaña lapona, ha sido tratada por el artista sueco con una exactitud concienzuda, y para que los detalles sean bien inteligibles ha adoptado grandes dimensiones. La pincelada es franca, sólida y de un tono oscuro vigoroso, aunque demasiado

uniforme. Las cabezas no se hallan trabajadas con detención y están por decirlo así, sacrificadas; apenas parecen alumbradas una cabeza y una mano en medio de la atmósfera oscura de la choza. Con dificultad se distingue al pescador lapon sentado en primer término y ocupado en fabricarse unas redes. Pero la jóven con su vestidura pintoresca, velando cariñosa la cuna aérea de su hijo, da un interés particular á esa escena de una vida triste. Bajo la inclemencia del cielo, bajo las ásperas condiciones que ella impone, bajo la muerte de la naturaleza cuando vuelva el largo invierno, esa humilde cabaña es el santuario de una familia, que allí como en todas partes abriga los temores, las esperanzas, los dolores y las alegrías de la vida, y mas que en otras partes quizá, la resignación á la única ventura que se conoce.

J. D. P.

Poesía alemana.

CANCIONES DE ENRIQUE HEINE (1)

TRADUCIDAS DEL ALEMÁN AL CASTELLANO

POR D. E. FLORENTINO SANZ.

Wenn Zwei von einander scheiden

Al separarse dos, que se han querido,
¡Ay! las manos se dan;
Y suspiran y lloran,
Y lloran y suspiran mas y mas.

Entre nosotros dos, no hubo suspiros
Ni hubo lágrimas... ¡Ay!
Lágrimas y suspiros
Reventaron despues... muy tarde ya!

Warum sind denn die Rosen so blass

¿Porqué, dime, bien mio, las rosas
Tan pálidas yacen?
¿Porqué están en su césped tan muertas
Las violas azules?... ¿Lo sabes?

¿Porqué, dime, tan flébil gorjea
La alondra en el aire?
¿Porqué exhalan balsámicas yerbas
Hedor de cadáver?

¿Porqué llega tan torvo y sombrío
El sol á los valles?
¿Porqué, dime, se extiende la tierra,
Cual sepulcro, tan parda y salvaje?

¿Porqué yazgo tan triste y enfermo
Yo propio?... ¿Lo sabes?
¿Porqué, aliento vital de mi alma,
Porqué me dejaste?

Die Mitternacht war kalt und stumm

¡Ay! á la media noche, muda y fria,
Solo gemí del bosque entre las sombras,
Y de su sueño recordé á los sauces,
Que inclinaron de lástima sus copas.

Sie haben mich gequaleet

Me hacen mudar de colores,
Me atormentan sin cesar,
Con sus rencores los unos,
Y con su amor los demás.

Me han envenenado el agua,
Me han emponzoñado el pan,
Con sus rencores los unos,
Y con su amor los demás.

Pero ¡ay! la que mas tormentos
Y mas angustias me da,
Ni rencor me tuvo nunca,
Ni amor me tuvo jamás.

Ich hab' im Traum geweinet

En sueños he llorado...
Soñé que en el sepulcro te veía...
Despues he despertado.
Y continué llorando todavía.

En sueños he llorado...
Soñé que me dejabas, alma mía...

(1) Este poeta prusiano, el primero sin duda entre los líricos alemanes, se ha hecho ya popular en casi toda Europa, y sus poemas cortos (á cuyo número pertenecen los que hoy empezamos á publicar) puestos en excelente música, se cantan en toda Alemania. Los amantes de las letras lloran la muerte de Heine, acaecida el año último en París, donde este poeta residió largo tiempo, enfermo y posado en la cama, en que ha pasado los últimos años de su vida.

Nadie mejor que el señor Sanz pudiera ser el intérprete español de Heine, por los muchos puntos de contacto que existen entre estos dos poetas, según podrán notar nuestros lectores al reparar algunas de estas canciones, que aun traducidas del alemán, parecen mas bien en origen es del autor del *Quevedo* y *Achaques de la vejez*. A ofrecérlas á los suscritores del *Correo de Ultramar*, tenemos la satisfacción de ser los primeros en demostrar al público que la residencia del señor Sanz en Alemania como agente diplomático, no será es. e. il. par. las letras españolas, que ya miran en él con tanta razón uno de sus mas dignos representantes.

(Nota de la Redacción.)

Despues he despertado,
Y aun mi lloro amarguísimo corria.

En sueños he llorado...
Soñé que aun me adorabas, y eras mía...
Despues he despertado
Y lloré mas... y aun lloro todavía.

Die Rose, die Lillie, die Taube, die Sonne

Por rosa, lirio, paloma y sol
Sentí yo un tiempo dichoso amor!...
Ya no lo siento. — Que es Ella
La que amo no mas ahora;
Ella, la linda, la esbelta,
La pura, la... en fin, la sola;
Ella, venero de todo amor,
Que es rosa y lirio, paloma y sol.

Wir haben viel für einander gefühlt

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido
Tú por mí, yo por tí! Y hemos vivido
Llevándonos tan bien! Y hemos jugado
A marido y mujer, sin que arañado
Nos hayamos jamás, ni sacudido.
Juntos, en risa y regodeo y broma,
Supimos tiernamente
Jugar á beso-daca y beso-toma.
Y, cosas de muchachos, de repente
Jugar al escondite resolvimos;
Y tal jugado habemos,
Y tal maña nos dimos,
Y tan rebien al fin nos escondimos,
Que ya nunca jamás nos hallaremos.

Vergiftet sind meine Lieder

¡Que están emponzoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, dí?
Tú de veneno henchiste, de veneno,
Mi vida juvenil.

¡Que están emponzoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, dí?
Dentro del corazón llevo serpientes,
Y á mas, te llevo á tí.

Du hast Diamanten und Perlen

Tienes diamantes y perlas,
Y cuanto hay que apetecer;
Y los mas hermosos ojos...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

A tus ojos hechiceros
He dedicado un tropel
De canciones inmortales...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

Con tus hechiceros ojos,
¿Cuál me has hecho padecer!...
Y me has arrojado á pique...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

Gekommen ist der Mai

Ya vino mayo; con mayo tornan
Plantas y troncos á florecer,
Y en la azulada region del cielo
Nubes de rosa cruzar se ven.

Y entre el ramaje de la espesura
De ruiseñores canta el tropel;
Y los cordeos de albos vellones
Por la verdura triscan tambien.

Y yo en la yerba, porque los males
Mi voz ahogando, baidan mis piés!...
Y oigo á distancia vagos rumores
Y sueño á veces... yo no sé qué!

Ich liebe eine Blume, doch weiss nicht welche

Hay una flor que adoro, mas por mi mala estrella,
No se cuál es mi flor;
Yo miro una por una las copas de las flores,
Buscando un corazón.

Dan á la tardecita las flores su perfume,
Su canto el ruiseñor...
Un corazón quisiera, tan bello como el mio,
Tan bello de pasión!

El ruiseñor gorjea... Yo entiendo los gemidos
De su armoniosa voz...
A entrambos nos aflige tal dolor y tal pena,
Tal pena y tal dolor!...

Ich hätte ihr die Augen zu

Siempre le cierro los ojos
Cuando la beso en la boca;
Y ella, por saber la causa,
Con mil preguntas me acusa.

Y á cada instante me dice
Desde la noche á la aurora:
¿Porqué me cierras los ojos
Cuando me besas la boca?

Yo no le digo el porqué,
Ni lo sé yo propio ahora...
Mas yo le cierro los ojos
Para besarla en la boca!

Die Welt ist so schon

Es el mundo tan hermoso,
Y es tan azulado el cielo!...
Y exhalan tan suavemente
Su álito puro los céfiros!
Y señas se hacen las flores
Del valle, de flores lleno;
Y en el matinal rocío
Quiebran cambiantes reflejos!
Y gozan las criaturas
Do quiera mis ojos vuelvo...
Y yo, con todo, quisiera
Yacer de la tumba dentro
De la tumba, y replegarme
Contra un amorcito muerto.

Ein Fichtenbaum steht einsam

Solitario en el Norte se alza un pino
Sobre arrecida altura soñoliento;
Con su manto blanquísimo le embozan
Nieves y yelos.

Con una palma sueña, que al Oriente,
Solitaria tambien, y lejos, lejos,
Padece silenciosa, entre peñascos
Que brotan fuego.

EL MENSAJE.

Mein Knecht! steh' auf und sattle schnell

¡Sus! servidor, y enjaeza
Mas que á paso tu alazan;
Y ¡arriba! y por la maleza
Galopa á la fortaleza
— Del rey Cristian.

Y con maña te desliza
En la real caballeriza,
Y sonsaca, por quien soy,
Al palafrenero real,
Cuál de las princesas, cuál,
Se casa hoy.

Si fuere la rubia, al punto
Ven de retorno, y me avisa;
Si la morena... El asunto
— No corre prisa;

Y en tal caso, lo primero
Al maese cordelero
Compra un cordel, al pasar;
Monta luego en tu corcel,
Y despacio, y sin chistar,
Tráeme el cordel.

Madrid 1º de mayo de 1857.

Revista de Paris.

En una de las últimas fiestas nocturnas del Pré Catelan que es en la actual temporada el punto de reunion del mundo elegante, se presentaron en una carretela con un tronco de caballo soberbios dos personas, un hombre y una mujer de edad avanzada, que contemplaban las maravillas del eden parisiense con un asombro poco disimulado. No tardaron en llamar la atención de la gente, tanto por su cándida admiración, como por su tren y su lujo en desacuerdo con su aire rústico y sus modales de aldea. Su historia debía saberse pronto; á la otra mañana los periódicos de Paris traian largos y curiosos pormenores sobre el golpe de fortuna que llevó de la miseria á la riqueza á nuestros dos personajes.

Hace cosa de treinta años un viejecillo achacoso, decrepito y cubierto de harapos, caminaba de pueblo en pueblo con un palo en la mano y á la espalda un fardo de cuero que encerraba los artículos de su comercio miserable. Nadie sabia ni cómo se llamaba aquel hombre, ni cuál era su procedencia, ni cuántos sus años, porque de larga data el encorvado anciano era conocido en las aldeas con aquel mismo aspecto. Muchos le tenían por brujo, y todos veian en él un personaje misterioso cuyas mercancías purificaban con agua de la Iglesia, y á quien concedian hospitalidad mas por temor que por lástima.

Nuestro hombre asustó con su muerte á todo el mundo, pues lo mismo los viejos que los jóvenes le habian creido eterno. Sin embargo, su defunción ocurrida en 1826 en casa de un labrador en Bonneuil del Sena, no le libertó de su mala fama; al contrario se convino por unanimidad en que era un brujo, y que habia sido llamado á ajustar cuentas.

En el cortijo donde expiro este Matusalen de los buhoneros se hallaba por entonces de criada una jóven de diez y siete años llamada María, que dominando la repulsión que el anciano inspiraba á todo el mundo, se habia constituido

su enfermera, y le había prodigado cordialmente todos los socorros que reclamaban su edad y su triste posición.

Para recompensarla de su obra misericordiosa, el moribundo cuando se sintió en los últimos instantes, llamó á la doncella, sacó del fondo de su fardo una cajita cerrada con llave, y se la entregó diciéndola estas palabras:

— Toma este cofrecillo, hija mía, que encierra la prueba de mi gratitud; pero me tienes que hacer una promesa.

— ¿Cuál es? preguntó María.

— La de no hacer uso de lo que contiene sino en caso de necesidad absoluta.

— Lo prometo; mas ¿no puedo saber?...

— No; te diré solo que aquí dentro está la fuente del bien y del mal.

Las preocupaciones contra el viejo se hallaban tan arraigadas en la comarca, que la moza, si hubiera seguido su primer impulso habría seguramente arrojado al fuego la caja misteriosa que, á su juicio, debía encerrar algún talisman diabólico; pero después de pensarla con detenimiento, mudó de opinión y corrió á esconderla en lo mas hondo de su cofre, donde durante mucho tiempo permaneció intacta.

María se casó algunos años después con un albañil, y como la posición del matrimonio llegara á ser sumamente triste, hubo de acordarse un día del regalo que la hizo el buhonero, y reveló á su marido que poseía un preservativo contra la miseria, contándole de qué modo había llegado á sus manos. Dicho esto, corrió á buscar el cofrecillo.

El albañil, juzgando cuerdamente que había llegado el caso de probar la eficacia del preservativo, abrió la caja y se quedó atónito al encontrar en ella unos doscientos pesos en monedas de oro, con una porción de pedacillos de cristal turbio, que todos tenían rótulos de papel con letreos que el hombre no comprendía. Al punto se apoderó de la moneda corriente, pero desdeñó aquella cristalería diabólica que dejó en el cofrecillo.

Mas de veinticinco años han transcurrido desde entonces, y durante ese tiempo muchos cambios llegaron á ocurrir en la posición de los herederos del buhonero difunto. Efectivamente, con los doscientos pesos de la caja habían comprado algunas tierras, y la fortuna les fué propicia un poco de tiempo; pero después llegaron las desgracias: la pobre María tuvo una enfermedad larga y penosa que consumió todos los recursos del matrimonio; tuvieron que tomar prestado, y las cosas llegaron hasta el punto de que hace pocos días practicaban en su humilde choza un embargo por cuenta de los acreedores.

Ya habían hecho el corto inventario de los muebles y de la ropa, y examinaban para clasificarlos una porción de objetos diferentes, cuando el alguacil al levantar una cajilla cubierta de polvo, nota que suena algo por dentro.

— ¿Qué hay aquí? pregunta al marido.

— ¡Oh! no es nada, contesta el pobre hombre que miraba con un dolor profundo la operación que llevaba á cabo la justicia.

Pero el alguacil abre el cofrecillo cuya cerradura estaba desclavada, y viendo los cristales, toma uno de ellos, le limpia, le examina con atención, y por último le rasca con la punta de su cortaplumas.

— ¿De dónde le ha venido á Vd. esto? pregunta al albañil después de haber concluido su examen.

El aldeano le cuenta la historia de la caja.

— ¿De modo que no sabe Vd. lo que es?

— No por cierto.

— Pues tiene Vd. aquí nada menos que una colección de diamantes.

— ¡Diamantes! ¿Qué dice Vd.?

— Lo que Vd. oye; diamantes en bruto.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y cuál es su valor?

— No podría decirlo exactamente, pero valen muchos miles.

El aldeano y su mujer no podían figurarse en efecto que aquellos cristales empolvados pudieran venderse en un maravedí; pero se rindieron á la evidencia al ver que el alguacil suspendió inmediatamente el embargo, ofreciendo por la mas pequeña de aquellas piedrecillas una cantidad que era el doble de lo que necesitaban para pagar sus deudas.

Cien veces María y el albañil habían estado á punto de arrojar de su casa el cofrecillo como un estorbo, cuando encerraba para ellos la fortuna que hoy les proporciona en París una vida de lujo y de placeres.

Desde que el mundo es mundo la suerte se complace en procurar á los mortales estos cambios que vienen á compensar los que reparte sin duda con mas profusión en sentido opuesto la misma divinidad caprichosa y ciega como la pinta la fama. Hé aquí otro caso quees una prueba mas de la prodigalidad con que distribuye sus favores.

Un pobre cómico de la legua había sido ajustado para la temporada de estío en París en uno de los teatros mas inferiores, gracias á la escasez de artistas que se nota siempre en esta época fatal para las empresas teatrales. Poco tiempo hacia que trabajaba en la humilde escena adonde le había llevado el acaso, cuando recibió una carta en que le suplicaban se presentara en casa de la marquesa de ***, hospedada provisionalmente en una habitación elegante del barrio de la nobleza.

La invitación le sorprendió en extremo, pero reflexionando bien, pensó haber encontrado una explicación al misterioso mensaje. La marquesa le había visto sin duda en algún teatro de provincia, ó bien desde su llegada á la capital se había enamorado de él con una pasión invencible y estaba á punto de ser el héroe de una de esas novelas que abundan en las crónicas del teatro.

La conjetura era bastante satisfactoria para que el pobre cómico se entretuviera en hacer otra, y á la siguiente mañana vestido con su traje mas elegante de galán joven se presentó en la casa que le designaron.

La morada era suntuosa. Un lacayo le introdujo en un sa-

lon magnífico donde esperó algunos minutos, y luego le suplicó que pasara á otro salon mas brillante aun que el primero donde le esperaba la hermosa marquesa.

Aquí el recién llegado apenas pudo contener las manifestaciones de su asombro; la persona que tenía delante era una actriz, una compañera suya.

La dama guardó un instante silencio, examinó con graciosa sonrisa la conmoción que se pintaba en el rostro del cómico, y al fin exclamó:

— ¿Con que no me conoce Vd.?

Entonces estalló la sorpresa.

— ¿Es Vd. Sofía de X...?

— La misma, amigo mío.

— Pero ¿y la marquesa de ***?

— Soy yo.

— ¿De veras?

— Muy de veras; ¿no sabe Vd. mi historia?

— No seguramente; nunca supimos en la compañía mas que su principio.

— Pues la va Vd. á saber entera.

Y la dama contó extensamente la historia que en sustancia es como sigue:

Sofía de X... salía por primera vez á las tablas hace cuatro años en un teatrillo de provincia. Hija de un músico que se encontraba en una posición regular, había recibido una educación bastante esmerada. A diez y ocho años se quedó huérfana y sin otro recurso que la vocación que la llamaba al teatro. Era una muchacha muy linda y no carecía de talento, de modo que obtuvo algunos triunfos en la comedia.

Sus gracias la valieron muchos homenajes, pero ella se propuso desde un principio no apartarse del camino de la virtud, y ni lisonjas ni grandes ofrecimientos pudieron desviarla de su propósito. Pretendientes mas modestos la pidieron su mano, entre otros el galán joven de la compañía, pero tampoco el matrimonio tenía entonces para ella grandes atractivos. En suma, su corazón parecía ser tan inaccesible como su virtud, y sin embargo muy en breve el amor debía reclamar en él sus derechos.

Un extranjero que visitaba la Francia, acertó á pasar por el pueblecillo en cuestión, fue al teatro y se enamoró de Sofía que desempeñaba aquella noche uno de sus papeles mas graciosos. Era el extranjero un joven belga, hermoso, noble y rico; hizo sus proposiciones, las desecharon y marchó; pero no se habían pasado dos meses cuando ya estaba de vuelta declarando que la ausencia no había hecho mas que aumentar su fuego.

La actriz habría podido responderle que ella por su parte no había cesado un momento de pensar en él, y que su presencia la colmaba de alegría; pero aguardó para hacer esta confesión á que el marqués de *** añadiera:

— Quiero que seas mi mujer; vente á Italia y allí nos casaremos.

— Confío en su palabra de Vd., respondió ella; vámonos.

La temporada tocaba á su término: Sofía obtuvo permiso del empresario, y partió con el marqués que se apresuró á cumplir su promesa. Había querido evitar las murmuraciones de la gente y la oposición de su familia, y advirtió á todo el mundo después de consumada la ceremonia.

Los nuevos esposos pasaron dos años en Italia, donde Sofía se familiarizó con los usos del mundo aristocrático perfeccionándose en el papel de marquesa, que es el último que ha estudiado hasta el día. Luego se fue á Bruselas, donde fué recibida en los salones con toda la consideración debida á su nombre, á su talento y hermosura.

Viajando este verano, el marqués y la marquesa vinieron á pasar en París una temporada, y Sofía, al encontrarse en la capital con uno de sus antiguos compañeros quiso verle para pedirle noticias de todos los demás, y para despertar con su vista los recuerdos de esa vida dramática que tiene siempre tantos hechizos aun en sus miserias para aquellos que la practicaron.

El galán joven (que era el mismo que en otro tiempo había pedido su mano) se imaginó, después de haber suministrado á la marquesa todas cuantas noticias le pedia, que ella acabaría por añadir:

— Estos recuerdos me llenan de júbilo; la vida aristocrática me pesa y me enoja; quiero volver con vosotros, abdicar mi título y hacer comedias.

Pero se hallaba muy distante de este desenlace novelesco el ánimo de la marquesa, que podía complacerse en los recuerdos sin querer volver á la realidad.

Terminada la entrevista Sofía se levantó, saludó afablemente á su antiguo compañero, y puso en sus manos una cartera llena de billetes de Banco diciéndole:

— Esta es una ofrenda que hago á los artistas pobres; á Vd. encargo su distribución como Vd. la entienda y como Vd. quiera, con tal que recaiga en cómicos.

La fineza no se podía hacer de un modo mas delicado.

Continuamente se anuncian en París ventas de cartas autógrafas de personajes famosos, y siempre hay abundancia de compradores. En la semana última se han vendido noventa cartas autógrafas de Beranger dirigidas á su amigo Wilhem. ¿No hubiera sido preferible publicarlas para que la prensa hiciera partícipe á todo el mundo de lo que ahora es patrimonio de un hombre solo? Seguramente, pero las manías tienen su despotismo; publicar un autógrafo es profanarle, dicen los fanáticos, que temen la impresión porque con ella desaparecerían sus colecciones.

Esta pasión que tiene sin duda mucho de respetable cuando obra con discernimiento, cae sin embargo por lo comun en los excesos mas singulares y ridículos.

Los aficionados que coleccionan por clases son los mas divertidos. Este solo busca las firmas de los mas grandes criminales: los autógrafos de aquellos hombres que espantaron al mundo y cuyo nombre tienen un brillo imperecedero en los anales de la justicia, son los mas preciosos; los parricidas, los envenenadores y los asesinos al por mayor,

son aquí los grandes personajes: un ladrón, aunque sea José María, es desdeñado.

Otro de mas delicadeza en el gusto no colecciona sino los autógrafos de la gente del teatro; pero prescindiendo de categorías recoge cuanto se presenta, su curiosidad incansable baja del trágico sublime al volatinero, del galán al comparsa.

M. H... es un inglés aficionado á los autógrafos de teatro. Todos sus émulos envidian su rica colección, que consta de una cantidad colosal de cartas escritas en todas las lenguas por todos los cómicos modernos y muchos antiguos, y Dios sabe si abundan las faltas de sintaxis y principalmente de ortografía en todos los idiomas de este gran repertorio.

M. H..., muy conocido por su capricho, llegó á París en la última semana al propio tiempo que en uno de los teatros de la capital salía por primera vez un actor de bastante mérito. El inglés buscó al punto una recomendación, y escribió al cómico con todas las precauciones que usa en caso semejante pidiéndole un autógrafo.

— ¡Un autógrafo! exclamó el actor con asombro. No entiendo... ¿Qué es un autógrafo? Vamos, ese caballero se engaña; no tengo ningún autógrafo que darle. Pero me escribe con tanta urbanidad que merece una respuesta en el mismo tono.

Y efectivamente, tomó la pluma, y con una letra esmerada escribió á M. H... para decirle que lo sentía infinito, pero que con la mejor voluntad del mundo no le podía mandar lo que le pedia.

« En cambio, añadía en su carta y era la conclusion, le envío á Vd. dos billetes para la funcion de mañana en que » trabajo. Es todo lo que puedo hacer en servicio de Vd. »

Al otro dia carta del inglés rebosando gratitud por los dos billetes, y sobre todo por el autógrafo.

El actor se quedó como quien ve visiones: sin saberlo había satisfecho el deseo del inglés; ¡era una cosa extraordinaria!

Por un decreto imperial de fecha 12 de agosto se ha mandado que se entregue una medalla conmemorativa á todos los militares franceses y extranjeros de los ejércitos de tierra y de mar que combatieron bajo la bandera francesa de 1792 á 1815. Esta medalla, cuyo dibujo damos aquí, es de bronce, y tiene por un lado la efigie del emperador, y por el otro la inscripción siguiente: — *Campañas de 1792 á 1815. — A sus compañeros de gloria su último pensamiento. Santa Elena 5 de mayo de 1821.*



El dia 17 de agosto el emperador distribuyó personalmente las primeras de estas medallas á S. A. I. el principe Gerónimo Napoleon, á SS. EE. el mariscal conde Vaillant, ministro de la Guerra, al almirante Hamelin, ministro de Marina, al mariscal Magnan, al mariscal conde Baraguey d' Hilliers, al almirante de Parseval-Deschenes, al duque de Plasencia, gran canciller de la órden imperial de la Legion de Honor, al conde de Ornano, gobernador de los Inválidos, y á varios generales de division y de brigada, almirantes, vicealmirantes y contra-almirantes.

La condecoración lleva el nombre de *Medalla de Santa Elena*. Aunque está creada para premiar servicios de un período de tiempo que parece remoto, ya se ha calculado que tendrán derecho á llevarla mas de cien mil individuos.

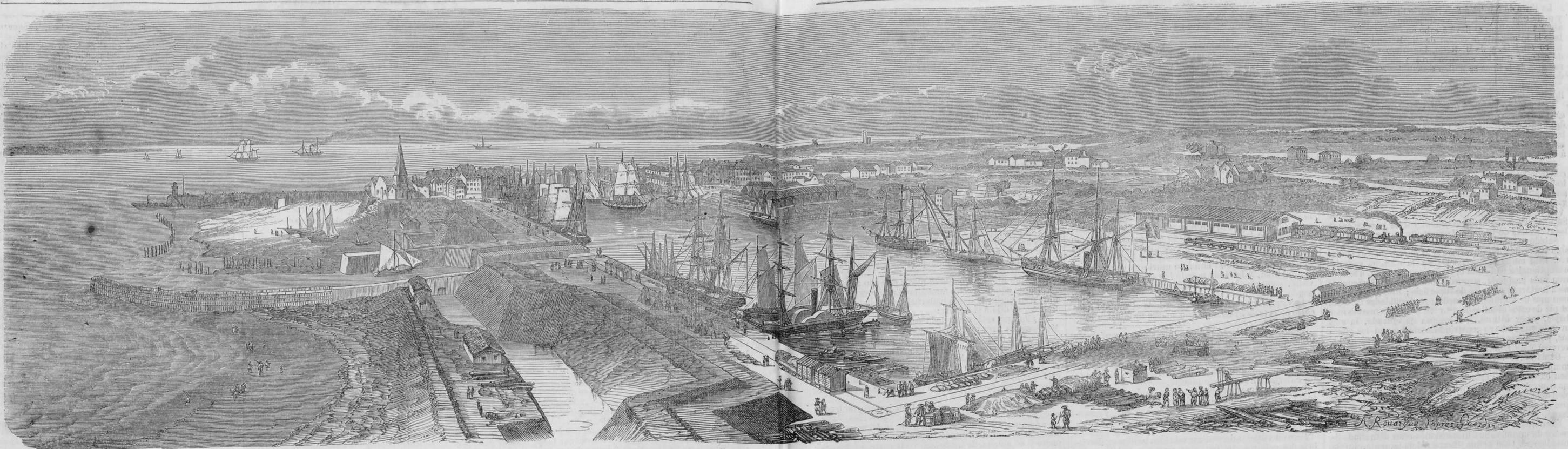
MARIANO URRABIETA.

Ferro-carril de Nantes á San Nazario.

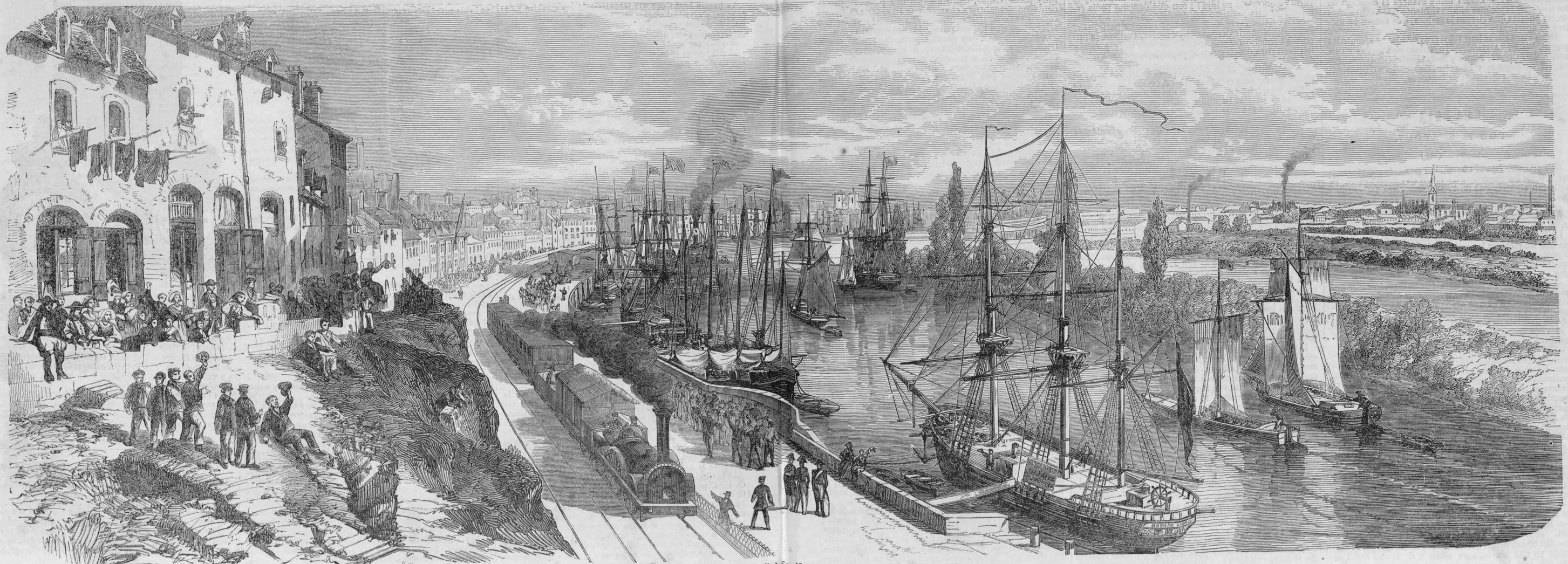
El lunes 10 de agosto se abrió la circulación de la línea férrea de Nantes á San Nazario.

La inauguración tuvo lugar sin ceremonia oficial. El tren directo de París que llega á Nantes á las siete de la mañana, llevó á los señores administradores é ingenieros de la línea hasta San Nazario, donde les esperaba un almuerzo ofrecido por los habitantes de ese pueblo naciente, bajo la presidencia de M. Cherot, negociante.

Ciento veinte convidados se hallaban reunidos en el banquete, que concluyó con un brindis muy aplaudido á S. M. Napoleon III.



La dársena y el ferrocarril de San Nazario.



El ferrocarril de San Nazario sobre el muelle de la Fosse, en Nantes.

La línea de Nantes á San Nazario tiene 50 kilómetros y es de una sola vía. Su construcción, que presentaba alguna dificultad, se llevó á cabo en menos de dos años bajo la inteligente dirección de M. Marandiere, ingeniero en jefe, y de M. Ratel, ingeniero ordinario. Es de esperar que los embarcaderos y demás establecimientos de la línea se hallen concluidos en lo que falta de año.

El camino de hierro llega á San Nazario por los muelles de la dársena.

Esta dársena se abrió á la navegación y al comercio el 1.º de enero último, y desde esa época todos los grandes buques mercantes para los cuales no tenía el Loira la profundidad de agua suficiente, entraban en la dársena para descargar, y las mercancías volvían á subir á Nantes.

El ferro-carril de que tratamos va á cambiar estas condiciones onerosas para el comercio. Las mercancías tomadas á bordo de los buques en la dársena serán cargadas ahora inmediatamente en los wagones, y se dirigirán hacia los depósitos del interior.

Se han organizado servicios de vapores regulares de San Nazario á España, á Portugal y á los puertos del litoral francés de Bretaña, Lorient, Brest, etc.

Sabido es que la línea trasatlántica de las Antillas ha sido concedida definitivamente al puerto de San Nazario. Esta empresa encontrará en la dársena ventajas excepcionales para una organización perfecta, á saber: una rada profunda, segura y cómoda; una dársena de diez hectáreas y media de superficie; muelles que tienen mas de kilómetro y medio; profundidades de agua al pié de estos muelles de 7^m y 7^m 50 en las mareas mas bajas, y por último, una esclusa de entrada, la mas grande que se haya construido hasta hoy en los puertos, pues tiene medio metro mas que la mayor de Liverpool y de Londres (*Victoria dock*).

Otras obras están proyectadas en San Nazario para completar este trabajo inmenso. Nuevas dársenas deben extenderse al Este y doblar á la vez los muelles y las superficies de las aguas, y se van á construir tambien depósitos y almacenes. En suma, todo hace creer que el puerto de San Nazario tendrá un porvenir brillante.

Las obras se emprendieron en 1847; pero en los proyectos de entonces sus dimensiones eran demasiado limitadas; en 1850 se modificaron debidamente. En la ejecución se vencieron las mayores dificultades con un buen éxito completo mediante la aplicación de procedimientos nuevos. Llama sobre manera la atención de los hombres especiales el atrevimiento de la disposición de las puertas que cierran la esclusa, que tienen 25 metros de abertura.

Todas estas obras han sido proyectadas y ejecutadas por M. Watier (Alejandro), ingeniero de puentes y calzadas. MM. Cabrol, Segou y de la Gournerie, ingenieros en jefe de puentes y calzadas, concurren sucesivamente á la alta dirección de las obras.

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

— Entiendo, dijo la Chermidy; de modo que si mataran á todas las personas que viven en nuestro globo, se hallarian algunas que no tienen completos los pulmones.

— Y que no por eso viven mal, señora mia.

Una hora despues el círculo se habia renovado en torno de la chimenea del salon.

La Chermidy vió entrar á un viejo alópata celebrísimo que no creía en los milagros, que ponía las cosas en lo peor, y se admiraba de que un animal tan frágil como el hombre pudiese llegar sin accidente á los sesenta años.

— Doctor, le dijo, si hubiérais llegado un instante antes no os habriais perdido un hermoso panegirico de la homeopatía. M. P... que acaba de salir de aquí nos aseguraba que podemos vivir todos con un solo pulmon: ¿no le habriais contestado?

El viejo facultativo frunció el ceño y se encogió de hombros.

— El pulmon, exclamó, es á la vez el órgano mas delicado y mas indispensable de todos, renueva la vida á cada segundo por un prodigio de combustion que ni Spallanzani ni los mas grandes fisiologistas han explicado ni descrito. Su contestura es de una fragilidad espantosa; su funcion le expone á peligros que se renuevan incesantemente. Al pulmon acude nuestra sangre para ponerse en contacto con el aire exterior: si se piensa que el aire es casi siempre ó muy frio ó muy caliente, ó que está mezclado con gases deletéreos, no se respiraria una sola vez sin hacer testamento. Un filósofo alemán que prolongó su vida á fuerza de prudencia, Kant, cuando daba su paseo higiénico de todos los días, tenía cuidado de cerrar la boca y de respirar exclusivamente por la nariz, tanto tenía la acción directa de la atmósfera circundante sobre sus pulmones.

— Entonces, querido doctor, ¿nos hallamos condenados todos á morir del pecho?

— Mucha gente muere, y los homeópatas no lo remedian.

— Sin embargo, hay quien se cura. Vamos á ver: supongo yo que un hombre joven y en buena salud se casa con una hermosa tísica, que se la lleva á Italia,

que se consagra á su curacion, prodigándola los cuidados de un hombre como vos; ¿en dos ó tres años no se podria salvar?...

— Al marido, podria ser, pero yo no respondo de ello.

— ¡Al marido! ¿qué peligro corre?

— ¿Y el contagio, amiga mia? ¿Quién sabe si los tubérculos que nacen en los pulmones de un tísico no esperecen en el aire que le rodean semillas de muerte? Pero dispensadme: no es este el lugar de desarrollar una teoría nueva cuyo inventor soy yo, y que voy á someter uno de estos días á la Academia de medicina. Quiero únicamente contaros un hecho que he observado.

— Hablad, querido doctor, de oiros se saca siempre honra y provecho.

— Hace cinco años asistí á la mujer de un sastre de la calle de Richelieu, una pobre criatura que estaba tísica y en grado adelantado. Su marido era un alemán robusto, bien configurado y de colores como una manzana. Los esposos se querian entrañablemente. En 1849 tuvieron un hijo que no vivió, y la mujer falleció en 1850 á pesar de cuanto pude hacer para salvarla. Me pidieron la cuenta de mis visitas, y pasé dos años sin volver á la casa; el sastre me envió á buscar el año último, y le encontré en su lecho tan cambiado que me costó trabajo reconocerle. Estaba tísico en tercer grado. A la cabecera descubrí á una mujer, su nueva esposa, habia hecho la tontería de casarse. El enfermo murió en conformidad al programa, y la viuda heredó la enfermedad. Ayer la visité, y aunque hemos acudido á tiempo, de nada respondo.

La Chermidy cerró su puerta á todo el mundo á las cinco de la tarde, y se sumergió en una meditacion muy melancólica.

Nunca habia desesperado de llegar á ser condesa de Villanera. Toda mujer que engaña á su marido aspira necesariamente á la viudez con mas razon cuando tiene un amante rico y soltero. Creia que Chermidy no seria eterno; un hombre que vive entre el cielo y el agua es un enfermo en peligro de muerte.

Sus esperanzas crecieron de punto desde el nacimiento de su hijo; tenía sujeto al conde con un lazo poderoso para el hombre de bien, el amor paterno, y casándole con una moribunda aseguraba el porvenir de su hijo y el suyo.

Pero en visperas de realizar esta idea luminosa, descubria dos peligros que no habia previsto. Eulalia podia sanar; podia arrastrar al conde consigo y legarle un germen de muerte. En el primer caso la Chermidy lo perdía todo, hasta su hijo: ¿con qué derecho podia reclamar el hijo legitimo del conde de Villanera y de la señorita de la Torre de Embleuse? Por otra parte, si el conde debia morir despues de su mujer, tampoco la importaba mucho casarse con él: se veía muy joven y hermosa para desempeñar el papel de la segunda mujer del sastre.

— Felizmente, se decia, nada está concluido aun: se puede buscar otro recurso; el conde está enamorado, es padre, y yo haré con él lo que me parezca. Si debe casarse para adoptar su hijo encontraremos otra enferma cuya muerte sea mas segura, y cuyo mal no sea contagioso.

Y para tranquilizarse recordaba que el viejo alópata era un hombre estrambótico capaz de inventar las teorías mas absurdas. Habia oido sostener que la terrible enfermedad se trasmitia á veces en las familias; pero hallaba muy natural que Eulalia guardase para sí la enfermedad y la muerte como bienes propios. Lo que la inquietaba seriamente era la posibilidad de una de esas cosas maravillosas que burlan todos los cálculos de la prudencia humana. De estas reflexiones vino á odiar al doctor Le Bris tanto por sus escrúpulos como por su talento, y en suma se prometió poner un coto á todos los pasos del conde hasta que ella hubiese adquirido las seguridades que deseaba.

Pero los sucesos habian marchado grandemente durante el día, y el conde la fue á decir á las diez de la noche que se habian seguido sus planes á la letra.

Al levantarse de la mesa Villanera habia corrido á casa de su madre. Era esta una señora como su hijo, alta, seca, modelada como una tabla, negra que debia asustar á los muchachos, canosa y aristocrática en extremo. Oyó hablar á su hijo con la condescendencia encopetada y desdeñosa de las grandes virtudes de antaño para las pequeñeces del día.

Por su parte, el conde nada hizo á fin de atenuar lo que habia de reprensible en los cálculos de su matrimonio. Aquellas dos personas honradas, pero impulsadas por la fuerza de las cosas á uno de esos tratos escabrosos que solo se firman en Paris, no pensaban sino en llevar á cabo dignamente lo que no habrian hecho por nada en el mundo sus antepasados.

La anciana condesa no mezcló en la conversacion una sola palabra de amargura; entonces no se trataba ya sino de asegurar el porvenir de la casa salvando el nombre de los Villanera.

Cuando hubo acuerdo sobre todos los puntos, la condesa subió en su coche y se dirigió al palacio de Sanglié. Los lacayos del baron la llevaron hasta el aposento de la duquesa. Semíramis la abrió la puerta y la introdujo en la sala. El duque y la duquesa de la Torre de Embleuse la recibieron junto á la chimenea donde ardía una llama miserable producida por materiales diversos, dos tablas de la cocina, una silla de paja y medio cajon de un mueble antiguo. La duquesa se habia engalanado cuanto pudo; su vestido de terciopelo negro tenía marcados todos los pliegues con un color azulado; el duque llevaba la cinta de sus órdenes en el ojal de un frac mas rapado que el de un memorialista.

La conferencia fué fria y solemne.

La duquesa no podia experimentar ningun afecto hacia las personas que especulaban con la próxima muerte de su hija. El duque estaba con mas soltura y aun trató de mostrarse alegre, pero la seriedad de la condesa paralizó todas sus gracias dejándole frio como el mármol.

La viuda, por un error que se comete á menudo cuando se ve á las personas por primera vez, juzgó del mismo modo al duque y á la duquesa; creyó descubrir en ellos cierto anhelo por la realizacion de sus planes, cierta alegría sordida é impaciente.

Sin embargo, no olvidó los motivos que la habian llevado á aquella casa, y expuso con frialdad lo que tenía que decir; discutió como un notario todas las condiciones de la boda, y una vez convenidas las estipulaciones, se levantó de su sillón y dijo con una voz metálica:

— Señor duque, señora duquesa, tengo el honor de pedirlos la mano de vuestra hija, la señorita Eulalia de la Torre de Embleuse, para mi hijo el conde Gomez de Villanera.

El duque respondió que honraba en extremo á su hija la eleccion del conde de Villanera.

De comun acuerdo se fijó el día del matrimonio, y la duquesa fue á buscar á Eulalia para presentarla á la condesa.

La pobre niña creyó que se moria de susto al comparecer ante aquel espectro femenino. La condesa la halló muy á su gusto, la habló maternalmente, la besó en la frente y se dijo á sí misma:

— ¿Porqué está condenada á morir esta criatura? Me convenia para mujer del conde.

Al volver á su palacio, la viuda encontró á Villanera divirtiéndose con su niño en un salon empedrado de juguetes. El padre y el hijo formaban un grupo muy curioso. El conde manejaba á la tierna criatura con un cariño temeroso: imaginábase con espanto que un movimiento de sus brazos enormes podia hacer añicos á su progenitura.

El niño estaba robusto para su edad, pero no tenía nada de gracioso y parecia antojadizo y soberbio. Hacia un año que le habian separado de su nodriza, y desde entonces no habia visto mas que dos seres humanos, su padre y su abuela, de modo que vivia entre los dos colosos, como Gulliver en la isla de los gigantes.

La viuda se habia encerrado con él y hacia y recibia muy pocas visitas, temiendo que una palabra imprudente no descubriera el secreto de su casa. Los únicos cómplices de aquella educacion clandestina eran cinco ó seis criados que habian envejecido allí con su librea.

A la sombra de esta familia solitaria el niño crecia tristemente. Se hallaba privado de la compañía de otros niños de su edad, y se tomaban un trabajo inútil para enseñarle á jugar y para distraerlo.

Hay niños que á los dos años saben decirlo todo; este pronunciaba á duras penas cinco ó seis palabras de dos sílabas. El conde le adoraba, pero el pequeñuelo tenía miedo á su padre. Decia *mamá* á la vieja condesa, aunque sin embargo, no la besaba á menudo sin llorar.

En cuanto á su madre la conocia de vista; de tiempo en tiempo solia encontrarse con ella en el bosque de Boulogne en una plazuela oscura lejos de la gente; la Chermidy dejaba su coche y se llegaba á pié hasta el coche del conde, besaba al niño como en secreto, le daba dulces y le decia con una ternura sincera:

— ¿No serás mio nunca?

No habria sido prudente llevarle á su casa aun cuando la viuda lo hubiese permitido. La Chermidy era mujer prudente, todo Paris sospechaba cuál era su posición; pero el mundo establece una diferencia muy grande entre una mujer que salva las apariencias y otra que no las salva. Aun se encontraban algunas almas bastante candorosas para responder de su virtud.

La condesa de Villanera anunció á su hijo que su demanda estaba hecha y recibida. Hizo grandes elogios de Eulalia sin hablar de sus padres; pero pintó con vivos colores la miseria en que se hallaban sumergidos los señores de la Torre de Embleuse. Villanera pensó en los medios de mandarles inmediatamente un socorro sin humillar á nadie. La condesa queria sencillamente abrir su bolsillo al viejo duque, contando con que no desdeñaria la oferta; pero Villanera halló mas decente comprar al instante los regalos de boda y deslizar entre ellos unos puñados de monedas de oro. Esta limosna escondida con flores serviria para pagar las deudas mas urgentes y para que viviera la familia durante dos semanas.

Dicho y hecho. La madre y el hijo corrieron á las compras. Antes de salir la viuda besó al nieto diciéndole:

— Pobre bastardo, ¡tu aguinaldo será un nombre!

Nada es imposible en Paris; en algunas horas se improvisaron los regalos. Todos los tenderos mandaron por la noche telas, encajes, cachemiras y joyas. La condesa lo arregló todo teniendo buen cuidado de llenar las cajas de alfileres de monedas de oro. A las diez se mandó este espléndido obsequio al palacio Sanglié, al propio tiempo que el conde salia para casa de la Chermidy.

Eulalia y la duquesa examinaron con fria codicia los tesoros que las enviaban. La madre admiraba los aderezos de la hija como Clitemnestra admiraba las cintas fúnebres que debian cubrir la frente de Ifigenia. Eulalia recordó á sus padres el capítulo de Bernardino de Saint-Pierre en que Virginia gasta el dinero de su tia en menudos presentes para su familia y sus amigos.

— ¿Qué harémos con todo esto, preguntó, si no tene-

mos ya ni amigos ni familia? ; Cuánto dinero malgastado!

El duque abrió las cajitas de alfileres como un hombre á quien le son familiares las riquezas, pero su indiferencia no resistió en presencia del oro. Sus ojos chispearon. Aquellas manos aristocráticas que tantas veces se habían abierto para dar, se crisparon ávidamente como las garras de un avaro. Juntaba las monedas, hacia brillar el oro al resplandor de una lámpara que apenas daba luz, y llevaba hasta sus oídos aquellos discos sonoros que anunciaban alegremente los funerales de Eulalia.

La pasión es un nivel brutal que pone iguales á todos los hombres. El señor duque de la Torre de Embleuse habría podido desempeñar su parte á las nueve de la mañana en el concierto que celebraron los criados en el vestíbulo. Sin embargo, la educación había triunfado.

El duque volvió á meter el dinero en las cajas y dijo con frialdad mentida:

— Guarda este dinero, hija mia, tuyo es. No prestarás un poco para la olla. La comida de hoy ha sido bien escasa. Si yo fuera rico como dentro de un mes, os llevaría á cenar á la fonda.

La enferma y la moribunda adivinaron el secreto deseo del duque. No es posible decir con cuánto respeto y amor Eulalia le obligó á que tomara de su dinero, y la duquesa le vistió para que fuese á cenar como quería.

Volvió á las dos de la mañana. Su mujer y su hija oyeron pasos desiguales por el corredor adonde daban sus cuartos; pero ninguna de ellas abrió la boca, antes cada cual contuvo el ruido de su respiración para hacer creer á la otra que dormía.

El conde y la Chermidy pasaron una noche borrascosa. La astuta arlesiana principió por enumerar á su amante todas sus objeciones contra el matrimonio.

El conde que no discutía jamás, la contestó con dos razones sin réplica:

— El asunto está terminado y vos lo habeis querido.

La Chermidy cambiando de nota probó el efecto de las amenazas. Juró romper sus relaciones, abandonarle, quitarle el hijo, dar un escándalo, morir; estaba hermosa en su cólera; un amante no podía permanecer insensible á tal encanto.

El conde pidió perdón humildemente, pero sin ceder nada en lo resuelto. Entonces ella abrió la esclusa de sus lágrimas y agotó el arsenal de su ternura; durante tres cuartos de hora fué la mas desgraciada y la mas

amante de todas las mujeres. Oyéndola se habría dicho que ella era la víctima y Eulalia era el verdugo.

El conde lloró con ella; las lágrimas corrían por su rostro varonil como la lluvia por una estatua de bronce. Hizo todas las cobardías que manda el amor. Habló de la futura condesa con una frialdad que rayaba en desprecio; juró por su honor que no viviría largo tiempo, y ofreció á la Chermidy que vería á la jóven antes del matrimonio; pero su palabra estaba dada, y los Villanera jamás se vuelven atrás de su palabra.

Todo lo que la Chermidy pudo obtener, fué que el conde la visitara á ella hasta el día de la ceremonia clandestinamente sin que nadie lo supiera, sobre todo su madre.

A la siguiente mañana la condesa le llevó al palacio de Sanglié y le presentó á su nueva familia. Visita de ceremonia que duró quince minutos. Eulalia estuvo para desmayarse en su presencia; mas tarde dijo que su fisonomía la asustó, que creyó ver al hombre que debía llevarla á la sepultura. El conde tampoco estaba á su gusto; sin embargo, supo decir al unas palabras corteses que le agradeció mucho la duquesa.

Todos los días se siguió presentando, sin su madre, en tanto que se publicaban las amonestaciones. Como es costumbre, llevaba un ramillete. Eulalia le suplicó que eligiera flores sin perfume, pues la hacía daño su olor. Estas entrevistas diarias le fastidiaban mucho y cansaban á la jóven; pero era preciso conformarse con el uso.

El doctor Le Bris llegó á temer que la enferma sucumbiera antes del día fijado, y la Chermidy participó de estos temores. Cuando vió que Eulalia estaba condenada sin remedio, temió verla morir muy pronto y se interesó en su vida. A veces llevaba al conde hasta la calle de Poitiers y le esperaba en su carruaje.

La duquesa había comprendido que no podía casar á su hija en la miserable habitación del palacio Sanglié, y alquiló por 1,000 francos mensuales un bonito apartamento amueblado en una casa contigua. Allí llevaron á Eulalia sin accidente, y allí la visitaba el conde: su madre iba tan á menudo como él y permanecía mucho mas tiempo. En cuanto esta tuvo tiempo para juzgar á la señora de la Torre de Embleuse, cambió completamente el carácter de sus relaciones. Admiró las virtudes de aquella noble mujer, que había caminado durante ocho años bajo puertas muy bajas, sin inclinar su cabeza una vez sola. Por su parte la duquesa reconoció en ella una de esas almas privilegiadas que el mundo

no puede apreciar, porque no pasa nunca de las apariencias. El lecho de Eulalia sirvió de lazo de unión á entrambas madres. La anciana condesa disputó mas de una vez á la señora de la Torre de Embleuse, las fatigas del estado de enfermera; porfiaban por encargarse de los cuidados mas penosos, esas duras tareas donde se manifiesta la abnegación del sexo sublime.

El viejo duque daba á su mujer un suplemento de pena, que á la verdad no necesitaba. El dinero le había devuelto una tercera juventud, juventud sin excusa, cuyas locuras frias y vergonzosas no interesan á nadie. Vivía fuera de su casa, y la duquesa no se atrevía á informarse de sus acciones. El decía que trataba de distraerse de sus penas domésticas. El oro de su hija se deslizaba por entre sus dedos, y sabe Dios qué manos le recogían. En ocho años de miseria había perdido esa necesidad de elegancia que ennoblece hasta las tonterías de un hombre bien nacido. Todos los placeres eran buenos para él, y á menudo llevó á la cabecera de Eulalia el olor nauseabundo de los cafés de baja categoría.

La duquesa temblaba con la idea de abandonar aquel niño decrepito en París, con mas dinero del que era menester para causar la muerte de diez hombres. Y llevarle á Italia era imposible. París era el único sitio donde había conocido la vida.

La pobre mujer se hallaba indecisa entre dos deberes opuestos: habría querido dividirse en dos para dulcificar los últimos momentos de su hija, y para corregir la vejez extraviada de su marido.

Eulalia asistía desde su cama á las luchas interiores que desgarraban á la duquesa. La madre y la hija á fuerza de sufrir juntas, habían llegado á entenderse sin decirse nada, y á tener un alma sola para las dos. Un día la enferma declaró rotundamente que no quería ir á Italia.

— ¿No estoy bien aquí? exclamó; ¿para qué agitar por los caminos una antorcha á punto de apagarse?

La señora viuda de Villanera entró entonces con el conde y el doctor.

— Querida condesa, dijo Eulalia; ¿es absolutamente preciso mi viaje? Me encuentro bien aquí para lo que tengo que hacer, y no quisiera que mi madre se alejase de París.

— Pues que se quede, contestó la condesa con su viveza española. No la necesitamos, y yo os cuidaré mejor que nadie. Sois mi hija y de ello os daré pruebas.

(Se continuará.)

La inauguración del Louvre.

El nuevo Louvre se inauguró el viernes 14 de agosto con una pompa proporcionada á la grandeza del monumento. — A las once de la mañana los batallones de la guardia nacional, los regimientos de la guardia imperial y los de línea que se dirigían hácia el Louvre acababan de situarse en el patio del Carrousel. — A la una de la tarde se hallaban tendidas las tropas formando una ancha carrera por la que debía pasar el cortejo imperial. La línea de la derecha la formaba la guardia nacional, y la izquierda la guardia y la tropa de línea; una y otra apoyaban su cabeza en el pabellon del reloj de las Tullerías; atravesaban el patio, pasaban debajo el arco de Triunfo, y ganando por el Carrousel, se prolongaban por el patio Napoleon III, frente los pabellones Mollien, Denon y Daru, pasaba debajo del pabellon de Sully donde hay el reloj, y por último continuando por la calle de Rivoli, entraban despues en el Carrousel para encontrarse nuevamente por el arco de Triunfo y las Tullerías. Las casas de la carrera ostentaban muchas colgaduras, y se veía en ellas una multitud inmensa de parisenses y de extranjeros de diferentes puntos. Toda la mañana llovió, pero á la una estuvo el tiempo tan hermoso como en todas las fiestas napoleónicas. A la una y veinticinco minutos, SS. MM. imperiales en traje de sociedad, llegaban en posta á las Tullerías sin guardia ni destacamento alguno. Inmediatamente ondearon las banderas en los pabellones del Louvre y de las Tullerías, y se dejaron oír numerosos gritos de: *viva el emperador!*; *viva la emperatriz!*; *viva el príncipe imperial!*

Entre tantouna multitud considerable de artistas y de personajes oficiales llegaban al Louvre, cuyos museos estaban cerrados en atención á la solemnidad del día, y se dirigían á la sala de los Estados donde se ostentaba un trono brillantísimo.

A las dos en punto, al estruendo de la artillería de los Inválidos y al son de los tambores que batían marcha en toda la línea, el cortejo imperial, compuesto de seis magníficos carruajes de palacio tirados por dos caballos, acompañados de un brillante estado mayor y de la guardia nacional de caballería, precediéndole y escoltándole detrás cien guardias, se dirigió por la carrera que hemos indicado, frente al pabellon Denon, donde SS. MM. se apearon para trasladarse á la sala de Estado acompañados la familia imperial y grandes dignatarios. Así que el emperador y la emperatriz hubieron ocupado su respectivo asiento, M. Fould, ministro de Estado, tomó la palabra y pronunció el siguiente discurso:

« Señor: — « Cuando V. M. ordenó la reunión del Louvre á las Tullerías, expresó el deseo de que se hallase terminado en un plazo de cinco años. El deseo del emperador está cumplido. La primera piedra ha sido puesta el 23 de julio de 1852; hoy 14 de agosto de 1857 el

Louvre y las Tullerías no forman mas que un palacio.

« Ni la guerra ni tantas otras dificultades que hemos tenido que atravesar, han interrumpido esta obra, sueño de tantos reyes, y que bastaría para la gloria de una época de paz y prosperidad. Ella misma no ha sido obstáculo á una sola de estas vastas empresas que, bajo la inspiración de V. M., se han formado en toda la Francia. La red de nuestros ferro-carriles extendida rápidamente, nuestros puertos ensanchados y fortificados, nuestras grandes ciudades saneadas y enriqueciéndose con espléndidas y útiles construcciones, la capital trasformada, abriendo anchas vías á la circulación, un magnífico paseo creado sobre un terreno ingrato, por todas partes progresos para el bienestar de todos: tal es el espectáculo que presenta el país desde que ha entregado sus destinos á un soberano cuyo genio ha sabido comprender y satisfacer las verdaderas necesidades de la Francia. »

En seguida procedió á la lectura de la lista de las recompensas, figurando al principio de los condecorados M. Lefuel, á quien se nombró oficial de la Legion de Honor. Los premios fueron repartidos por el emperador.

Terminó la funcion con el siguiente discurso pronunciado por S. M. que fué repetidas veces aplaudido. Dice así el discurso:

« Señores: — Me felicito con vosotros por la conclusion del Louvre. Me felicito sobre todo por las causas que han hecho posible la terminación de esta obra. Y en efecto, el orden y la estabilidad restablecidos y la prosperidad cada día creciente del país son los que me han permitido terminar

rácter de un pueblo se refleja tanto en sus instituciones como en sus costumbres, así en los hechos que le entusiasman como en los monumentos que son objeto de su interés principal.

Así pues la Francia, monárquica por espacio de tantos siglos, que veía sin cesar en el poder central al representante de su grandeza y de su nacionalidad, quería que la habitación de su soberano fuese digna del país, y el mejor medio de corresponder á este sentimiento era rodear este monumento de las diversas obras maestras de la inteligencia humana.

En la edad media, el rey habitaba una fortaleza levantada con todos los medios de defensa. Pronto los progresos de la civilización reemplazaron las almenas y las armas de guerra con los productos de las ciencias, las letras y las artes.

Así es que la historia de los monumentos tiene su filosofía como la historia de los hechos.

Así como es notable que cuando la primera revolución el comité de salud pública hubiese continuado la obra de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV, dando el último golpe á la feudalidad y prosiguiendo el sistema de unidad y de centralización, objeto constante de la monarquía; ¿no es también de grande enseñanza el ver adoptada para el Louvre por el poder efímero de 1848 la idea de Enrique IV, de Luis XIII, de Luis XIV, de Luis XV, de Luis XVI y de Napoleon?

Uno de los primeros actos, en efecto, del gobierno provisional fue decretar la conclusion del palacio de un rey. Tan cierto es que una nación saca de sus antecedentes,

como un individuo de su educación, ideas que las pasiones no consiguen destruir! Cuando un impulso moral es la consecuencia del estado social de un país se trasmite á través de los siglos y de las diversas formas de los gobiernos hasta alcanzar el fin propuesto.

De modo que la conclusion del Louvre, á la cual os doy gracias por haber contribuido con tanto celo y habilidad, no es el capricho de un momento, es la realización de un plan concebido por la gloria y apoyado por el instinto del país durante mas de trescientos años. »

Terminada la ceremonia SS. MM. regresaron á las Tullerías. Durante su paso por la carrera, repitieron con frecuencia los gritos de: *viva el emperador!*; *viva la emperatriz!*; y *viva el príncipe imperial!* — La guardia nacional la rivalizado con la imperial en entusiasmo.

Despues de la ceremonia hubo un gran banquete.

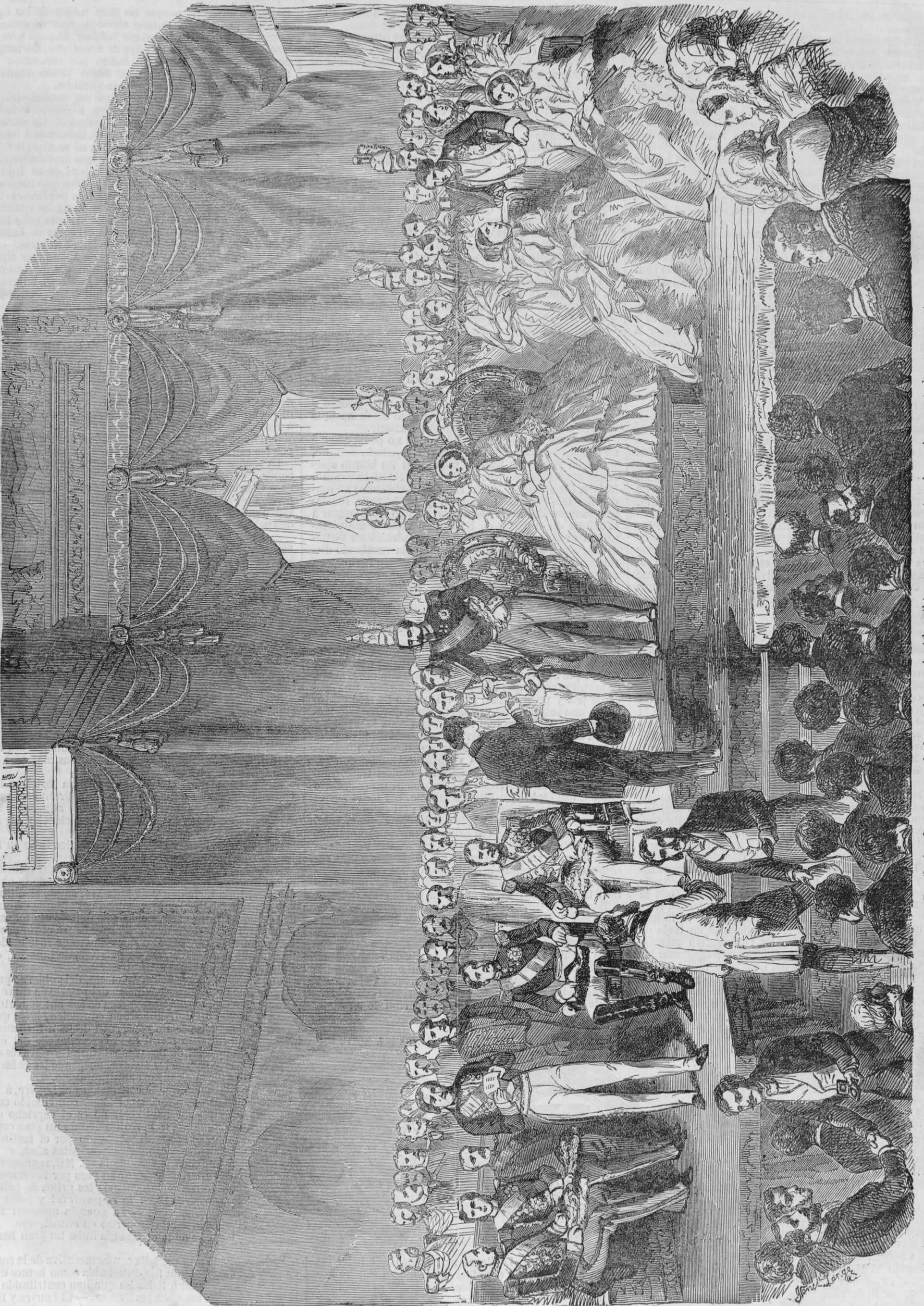
Se ha acuñado una medalla conmemorativa de la conclusion del Louvre, que fué distribuida como hemos dicho por el emperador á todos los que han contribuido á llevar á buen fin esa obra portentosa. — El Louvre y las Tullerías reunidos ofrecen una superficie de cuatrocientos treinta y seis mil metros.

MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA INAUGURACION DEL NUEVO LOUVRE.



esta obra nacional. La llamo así, puesto que todos los gobiernos que se han sucedido han tenido á mucho honor el acabar la residencia real empezada por Francisco I y embellecida por Enrique II.

¿De dónde nace esta perseverancia y hasta esta popularidad para la conclusion de un palacio? Es que el ca-



Inauguración del Louvre. — Distribución de recompensas hecha por el emperador á los artistas que tomaron parte en la erección y ornato de ese monumento.



La Asuncion de Rubens, grabado por M. Jourdain.

PHOT. S. BOIS-A. JOURDAIN, SC.

Neal Malone.

ESTUDIO DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

— Miradme con atencion, Neal, dijo el maestro de escuela con solemnidad: en mi persona teneis hace quince años un ejemplo vivo de los inconvenientes del matrimonio. No creo que la tierra posea felicidad semejante á la del celibato. Ya sabeis cuán robusto era antes de casarme y hasta qué punto ha sido forzosamente estrecharme la ropa. Reflexionadlo despacio, Neal, no obreis á la ligera; de lo contrario os pronostico que os espera mi desgraciada suerte.

— No me intimidan vuestros vaticinios de mal agüero, dijo el sastre, y no os haré el disfavor de creeros tan torpe para que supongais que ningun Malone puede bajar al sepulcro sin batirse ó casarse. Sed razonable, señor O'Connor, y si llegais á proporcionarme una mujer, os prometo estrecharos la ropa gratis en la primera ocasion que lo necesiteis.

— ¡ En hora buena! dijo O'Connor: ¿ qué os parece Biddy Neil, la hija del carnicero? Ya que teneis tanta afición á la sangre, podreis satisfacerla de un modo inocente si algun dia llegais á ser sanguinario. Es verdad, Neal, que no le llegais ni de mucho á los hombros, y que tiene triple fuerza que vos; pero por esta misma razon debéis casaros con ella si podeis conseguir su mano. Los animales grandes son pacíficos: ¡ libre el cielo de una mujer pequeña á los solterones que aprecie!

— No digais mas, señor O'Connor, casualmente es ella la jóven de quien estoy enamorado, y no temais, que yo triunfaré de su corazon. ¿ No vendreis ahora á mi casa á brindar por el feliz éxito de mi empresa? ¿ Pero qué voz es esa tan chillona? ¿ quién os llama con tanto imperio?

— ¡ Ah! Neal, demasiado conozco esa voz; tiene un sonido penetrante que taladra mi oido como un puñal. Adios. Es preciso que nos separemos. Está llorando el niño, y mi mujer me llama para que vaya á mecerlo y á cantarle tonadas divertidas para dormirle. Neal, por última vez os lo digo: reflexionadlo bien antes de dar un paso tan peligroso. Reflexionadlo, Neal, os lo suplico. Adios.

Pero Neal tenia un verdadero corazon de irlandés, y para él prudencia era sinónimo de cobardía. Aunque ya no pensaba en pendeñias, no por eso habia perdido su valor, y lo habia reconcentrado en servicio del amor. Bien claro se vió en el modo con que puso sitio á Biddy Neil. Es verdad que tenia el campo libre, que ningun rival le disputó la victoria, y que los padres de su Dulcinea no solo no opusieron el menor obstáculo, sino que aprobaron con gusto este enlace, y cuando quedó arreglado el contrato, Neal recibió apretones de manos que mas que alegría expresaban dolor y compasion.

La boda no ofreció nada digno de contarse. Neal convidó á su amigo O'Connor, pero el maestro de escuela movió la cabeza y dijo que no tenia valor para presenciar tan doloroso sacrificio. Dió sin embargo la casualidad de que encontrase á los novios cerca de la iglesia, y le oyeron exclamar exhalando un suspiro al pasar por su lado y al verles radiantes de alegría: « ¡ Pobre Neal! la novia le lleva como uno de los bueyes de su padre al matadero. ¡ Desventurado de mí que inspiré al sastre la idea de este enlace! Pronto cesará de decir que se consume por no poder dar ó recibir una tunda. »

Serian las diez de la noche cuando Neal con la mayor exaltacion se puso á bailar con una amiga de la novia; acabado el baile se sentó á su lado, y desplegó una rara elocuencia ensalzando su hermosura, y aun dicen malas lenguas que le habló en voz baja al oido y le tocó la megilla con excesiva galanteria. Esta conversacion continuó largo rato sin llamar la atencion general, con una sola excepcion sin embargo; pero esta excepcion valia mas que todas las reglas. La señorita Biddy se levantó, despues se sentó y se lanzó al colete un vaso de aguardiente; se levantó segunda vez, revelándose en su corazon todo el enojo de una esposa ultrajada; se acercó por fin á ellos, y en un rapto de exquisita sensibilidad, de un bofetón arrojó en el suelo á su amiga y descargó al sastre el mas patético puntapié en la parte posterior de los calzones. El sastre se vió impensadamente tendido de bruces en el suelo; pero la irritada esposa le levantó sin inmutarse, se lo puso debajo del brazo como haria con una muñeca ó un niño de pecho, y con paso y ademan llenos de dignidad, se retiró al aposento nupcial, donde no se oyó ni una mosca en todo el resto de la noche.

El señor O'Connor se presentó al dia siguiente por la mañana para dar la enhorabuena al sastre. Cuando el maestro de escuela le dió un apretón de manos, Neal estrechó suavemente los dedos de su amigo. El maestro de escuela le miró y creyó verle mover la cabeza; no estuvo del todo seguro sin embargo, porque como él tambien movia la suya al mismo tiempo, creyó que bien podia ser aquello una ilusion de óptica.

Quisiéramos tender un velo sobre el resto de nuestra historia; pero siendo el deber del historiador dar la clave de los hechos que el mundo no comprende, continuaremos fielmente nuestro imparcial relato, sin retroceder ante la responsabilidad que la verdad lleva tras sí con tanta frecuencia.

Neal se lisonjaba de que su matrimonio no seria mas que un paréntesis en su existencia, y que despues de la boda recobraría su heroismo como si nada hubiese sucedido. En la primera semana de casado trató de ir á la feria de una ciudad inmediata; despues de almorzar

sacó un manojo de garrotos para escoger el mejor, y habiéndole preguntado su mujer con qué intencion escogia aquel palo, el sastre declaró que habia resuelto tener á toda costa una riña antes de acabar el dia.

— El caso es, exclamó paseándose por el cuarto con aire marcial, que jamás me he consumido tanto como ahora por no poder dar ó recibir una tunda.

— No quiero que vayas, dijo su mujer.

— Iré, respondió Neal con vehemencia, iré aunque se oponga el mundo entero.

Pero media hora despues Neal estaba trabajando sosegadamente sentado en su mesa y no fue á la feria.

En los primeros dias de casado, Neal estaba tan gordo y colorado que daba gozo el mirarle, y el maestro de escuela y él eran amigos íntimos: no sabemos por qué, pero lo cierto es que poco tiempo despues el sastre experimentaba cierta púdica repugnancia al encontrarse con su melancólico amigo. Antes de su boda tenia costumbre, cuando el maestro de escuela iba á verle á su tienda, de hacer acerca de la creciente obesidad de su propia persona alusiones que eran verdaderos sarcasmos respecto del exterior nada próspero de su amigo; pero la filosofía del maestro de escuela no era como su carne, es decir, nunca le abandonaba.

A fines del cuarto mes de matrimonio, Neal se puso el traje mejor que tenia, y al abotonarse el chaleco, movió la cabeza como solia hacerlo el señor O'Connor.

— ¡ Qué cosa mas rara! dijo exhalando un suspiro; este chaleco me venia estrecho como un guante; ¡ vaya si se ha ensanchado la tela!

— ¿ A dónde vas? le preguntó su mujer viéndole tan lujosamente ataviado.

— ¿ A dónde? al baile de casa de Jemmy Cconolly; volveré pronto.

— No quiero que vayas.

— ¿ Por qué?

— Porque no me da la gana.

— Pues iré, dijo Neal, aunque se oponga el mundo entero. ¡ Voto va! ¿ por quién me tomas, mujer? exclamó con voz mas sonora que firme. ¿ No soy Neal Malone, el que nunca ha encontrado un hombre que quiera reñir con él; el que nunca ha recibido golpes de nadie? Cuidado conmigo, porque si llego á encolerizarme haré contigo un desastre.

— No irás, no irás, porque no me da la gana; ¿ entiendes? repitió la esposa con una mirada significativa.

Media hora despues Neal estaba trabajando sosegadamente sentado en su mesa y no fue al baile.

Neal, como han hecho muchos sabios en igual circunstancia, se echó en brazos de la filosofía, es decir, empezó á mover la cabeza por principio, como el maestro de escuela. Principio por principio, hubiera preferido la botella, pero su mujer era dueña absoluta del bolsillo, y cuando conquistaba alguna moneda, era muy escaso su consuelo. Neal sobrellevaba todas sus penalidades en silencio, porque el silencio, segun repetia con frecuencia su amigo, es una prueba de elevada prudencia.

Pocos dias despues Neal encontró una noche por casualidad al señor O'Connor sobre una tabla que servia para cruzar el rio. Esta tabla no tenia mas que un pie de anchura, de modo que no podian pasar por ella dos personas á un tiempo. Nos faltan palabras para expresar su espanto cuando vieron que habian pasado uno al lado del otro sin tocarse.

Miráronse con aire solemne, pero el asombro mayor fué el del señor O'Connor.

— Neal, dijo el maestro de escuela, os suplico por todos los santos del cielo que habléis para asegurarme de que no sois una sombra.

Un subido carmin invadió el rostro del sastre, como un fuego fátuo en un cementerio.

— ¡ Oh! exclamó, ¿ por qué me aconsejasteis que me casara?

— Neal, dijo su amigo, respondedme con tanta solemnidad como si estuviérais en manos del verdugo y con la soga al cuello, porque la cuestion que voy á proponer es capaz de haceros discurrir. ¿ Os consumis aun por no poder dar ó recibir una tunda?

El sastre meditó un rato antes de responder; se desabotonó el chaleco, se lo cruzó haciendo ver que cabrian en él al menos dos cuerpos como el suyo, y empuñándose sobre la punta de sus piés, dijo al señor O'Connor al oido con voz sombría:

— ¡ Ah! no... ¡ ya no deseo tundas!

El maestro de escuela movió la cabeza con el ademan triste que le caracterizaba, pero muy pronto advirtió que el sastre era ya tan diestro como él en mover la cabeza.

El dia siguiente el sastre se estrechó la ropa, y de vez en cuando continuó arreglándola á las dimensiones menguantes de su persona. Siempre que el maestro de escuela y él tenían un rato de libertad, se reunian para tratar de consolarse mutuamente. El señor O'Connor sobrellevaba sin embargo con mas estoicismo su desgracia que Neal, el cual estaba agostado de cuerpo y alma y enteramente vencido. Ya no se pavoneaba como antes, ni empuñaba ya su formidable garrote en ademan de desafiar en batalla campal á todo el género humano. Se arrastraba con aire temeroso como si á cada paso se acercase al cadalso, y habia dejado muy atrás al maestro de escuela en la senda del infortunio. Aun no habian trascurrido tres años y estaba ya tan seco y encojido que no podia salir los dias de viento sin llevar pedazos de plomo en los bolsillos para no ser lanzado de la tierra que un dia hollará con paso de gigante. El era entonces el que buscaba con afán al maestro de escuela.

Forzosamente habia de encerrar el sastre una enorme dosis de resistencia vital para resistirse de los enemigos que lentamente le consumian. Cinco años despues de su boda sus amigos no podian distinguirle de su sombra, lo cual le acarreó muchos percances, porque cierto dia uno de sus parroquianos se empeñó en entregar á su sombra cinco schelines y seis peniques que le debia por un par de calzones. Es verdad que Neal pudo sacarle de su engaño, pero se vió obligado á confesar que no tenia fuerza suficiente para llevar el dinero hasta su casa. El pobre sastre sufrió con paciencia este estado mientras pudo; pero acabo por abrigar la idea del suicidio. Despues de pensar con madurez tan lúgubre proyecto, trató de llevarlo á cabo, como dice Hamlet, con un punzon, pero ¡ ah! la sangre de los Malone se negó á derramarse en ocasion tan ignominiosa. ¿ Qué mucho si ya no habia sangre en sus venas? Resolvió entonces ahorcarse, y con auxilio de un ovillo se colgó de un madero de su tienda, pero ¡ oh nueva contrariedad! su peso era tan ligero que no bastaba para darle la muerte. Su tercera tentativa fué el ahogarse, pero sobrenadó en la superficie del agua como un tapon de corcho. No hay duda; todos los elementos conspiraban páficamente para entorpecer su funesto proyecto, y estaba condenado á permanecer eternamente en la tierra, y á irse disminuyendo hasta el extremo de llegar á ser imperceptible á los ojos del hombre.

Esta situacion ya no podia ser duradera. En efecto, pronto se llegó á no poder oír su voz porque no era mas que una pura esencia, como un eco de la existencia humana, *vox et preterea nihil*. El maestro de escuela aseguraba de vez en cuando que le habia visto vagamente, pero esto consistia en que él se habia casi espiritualizado con la afliccion, y se habia purificado su rayo visual en el crisol de la tribulacion doméstica. Poco á poco fué debilitándose la voz de Neal hasta el punto de no ser mas que un dudoso murmullo que acabó por no poder distinguirse ya de un zumbido de oidos.

Tal fué el terrible y misterioso destino del sastre que en su cualidad de héroe no podia por consiguiente morir, y por eso se derritió como un copo de nieve escapándose á la percepcion de los sentidos mortales y perdiéndose en la inmaterialidad.

El señor de O'Connor vive aun y ha recobrado toda la plenitud de su salud y su fuerza. ¿ Cuál es la causa de tan feliz trasformacion? Hace dos años que es viudo.

Imitacion del inglés de Warrens.

GREGORIO AMADO LARROSA.

Boletín científico.

INDUSTRIA: — La Suiza, este pais tan eminentemente industrial, ha remesado desde primeros de julio de 1855 hasta 30 de junio de 1864 los Estados Unidos del Norte América en relojes, valor de 2 404,376 dollars; en tejidos de seda por 4,875,636 dollars; en artículos de algodón y bordados por 641,927 dollars; en sombreros, cintas, etc., por 415,135 dollars. Total por 8,368,074 dollars (un dollar = 20 rs. 20 mis. vellon). La industria suiza no se ha resentido hasta ahora, ni en lo mas mínimo, con el peligro de una próxima guerra. Segun datos oficiales han sido fabricados, solo en el cantón de Neuchatel, durante el año de 1856, hasta 1,600,000 relojes. El desarrollo del movimiento industrial lo debe la Suiza principalmente á los mercados que tiene allende del Océano y en el Oriente. Las fábricas de hilados y tejidos, tanto en algodón como en seda, las de estampados, toman un desenvolvimiento asombroso. Los trabajadores respectivos de alguna habilidad ganan de tres á cuatro francos diarios, y las mujeres dos. Echer Wyss y compañía en Zurich, cuyos establecimientos industriales, de fama universal, ocupan un barrio completo de dicha ciudad, tienen á su servicio mas de 2,400 trabajadores. Allí el ruido del martillo no enmudece ni de dia ni de noche para la construccion de magníficas máquinas y aparatos. Los pedidos son numerosísimos, sobre todo en barcos de vapor, lanchas-cañoneras, hechos por el gobierno francés y el austriaco. Los obreros en los respectivos talleres ganan en el dia de 2 y 1/2 francos á 10 francos diarios. En dicha capital y cercanías los establecimientos manufactureros han ascendido á un número casi fabuloso, y los edificios respectivos parecen unos verdaderos palacios.

— Escriben de Stuttgart que el maestro sastre Schelle, avecindado en aquella capital, sigue explotando con asombroso éxito la máquina costurera inventada por un americano, como saben nuestros lectores, y últimamente perfeccionada en Alemania. El aparato que tiene dicho Schelle hace, si se quiere, hasta 500 puntadas por minuto; verifica costuras de todas clases, hasta el respunte y medio respunte con una limpieza admirable, diferenciándose de la labor análoga ejecutada á la mano, no tan solo por la extraordinaria rapidez en llevar á cabo cualquier costura, sino tambien por la igualdad, por lo fuerte y sólido. La pieza que se sujeta á la máquina está hilvanada y marcada con una raya la costura que ha de llevarse á cabo. Para que el aparato funcione sin interrupcion, es menester que haya de diez á doce trabajadores que ejecuten los trabajos preparatorios.

— La nueva industria conocida bajo el nombre de piscicultura, toma en Suiza, á pesar de las dificultades imprevistas que sobrevinieron, un desarrollo muy lisonjero. La fundacion artificial de 9,000 huevos de trucha produjo últimamente 8 000 peces, entre ellos siete con dos cabezas, y unos 80 gemelos unidos, que se separaron empero al cabo de unas seis semanas. Los huevos de que hemos hecho mérito eran procedentes del lago de Constanza y fueron tras-

ladados al de Zurich. De 20,000 huevos de barbo recogidos en las aguas de este último lago, se obtuvieron 15,000 peces; de 18,000 huevos de álbulo resultaron tan solo 3,000; total de las diferentes clases, 26,000 peces. La ulterior cultura de los mismos tuvo un éxito muy satisfactorio; de modo que este nuevo ramo industrial promete ser una nueva fuente de riqueza para aquel país, mayormente para cuando sus caminos de hierro vayan ya empalmado con los de las naciones vecinas.

— M. Sautet en París prepara para el embalaje del modo siguiente una tela impenetrable al agua: disuelve gutta-percha en aceite de trementina ó de ulla alquitranada ó azufre, mezclado con cinco ó seis partes de lana, cabellos ó filamentos vegetales. Si se ha de vulcanizar el cautchu se añade azufre; si se le quiere dar calor, se pone alguna materia colorante, y se echa la mezcla en una máquina como las que se usan en la preparación del cautchu, donde se convierte en una especie de pasta. Hace pasar luego la tela por entre cilindros calientes, y luego se evapora la solución por medio del calor.

— Puede uno cerciorarse de la profundidad en que se encuentra agua, tomando cinco onzas de cal no apagada, ó igual masa de azufre, cardenillo ó incienso blanco. Todo esto se reduce á polvo y se mezcla perfectamente; despues se coloca en una vasija de barro barnizada, que haya sido pesada de antemano, se cubre con cinco onzas de lana y se entierra en una cavidad de un pié, en el sitio en que se propone uno abrir el pozo. A las veinte y cuatro horas se saca de allí, se levanta la lana, se saca de la tierra y se vuelve á colocar aquella. Despues se lleva otra vez á la balanza la vasija y el contenido: si ha disminuido de peso es muy poca el agua que hay en la profundidad; si por el contrario ha aumentado aquel en dos onzas, se encuentra esta á 75 piés; si en cuatro onzas á 50, y en seis onzas á 37 y medio; en ocho onzas á 25, en 10 á 10 y medio piés de profundidad. Nuevos ensayos dirán si se confirma este procedimiento.

ESTADÍSTICA: — Cálculase que por término medio, y con una población total de 2.392,000 almas, resultan en Suiza anualmente 16,270 matrimonios nuevos, el número de los nacidos asciende á 70,000, á saber: 36 340 niños y 33 660 niñas, mientras que las defunciones suben generalmente á unas 55,500. Se cuenta pues un nuevo matrimonio para cada 147 habitantes, un nuevo nacido para cada 34, y una defunción por cada 43 habitantes. Por cálculo medio, cada matrimonio tiene una duración de 22 años y 9 meses, de modo que los que alcanzan 25 años son ya una excepción muy grande. El número de gente de muy avanzada edad no es muy grande en Suiza. El cálculo medio respecto á la población total es de 34 1/2 años de vida; mientras que en la Lombardia por ejemplo tan solo resultan 24 1/2, en el imperio austríaco resultan en general 26 1/4, en Prusia 25 1/2, en Cerdeña 28, en el Tiro 34 1/4, en Baviera 32 3/4, y en Francia y Bélgica 33 años. El sexo femenino vive en Suiza por término medio dos años ocho meses y quince días mas que el masculino. En las poblaciones principales cuéntanse entre 10 nacidos una criatura de ilegítimo matrimonio.

— De una obra inglesa acerca de la plata importada en las Indias y la China, en los últimos seis años, sacamos que asciende á la fabulosa suma de 200 000,000 de duros.

— Cuando los ingleses penetraron en el palacio del virey Yeh en Canton, hallaron el censo de población del imperio chino que se formó en el año de 1852 dando por resultado 366.000,000 de almas, que bien puede haber llegado á 400.000,000 desde entonces. De estas pertenecen á la provincia de Kian-su 37.000,000; á Nanhoi 34.000,000; á Kiangsi 30.000,000; á Schan tong 29.000,000; á Petschili 28.000,000; á Hupe 27.000,000; á Honan 23.000,000 y 1/2, y hay capitales de provincia que tienen medio ó 1.000,000 de habitantes.

— Aumenta considerablemente la población de la Gran Bretaña, á pesar de la emigración que en los últimos diez años ha sacado del país 2.800,000 al mar. En Inglaterra y Gales ha tenido de 16.124,000 que tenía en 1842, á 19.044,000 en 1856; en Escocia á 3.033,177, y añadiendo Irlanda, resulta un total de población que se calcula en 20.000,000 de almas. En igual escala ha tomado incremento la riqueza nacional: la exportación en 1842 produjo 47.284,988 libras esterlinas; en 1845, 60.111,082 libras est.; en 1851, 71.367,855; en 1853, 98.923,781; en 1856, 115.890,857, de manera que en catorce años el aumento ha sido de 172 por 100.

— Segun dice el doctor David O. Allen en su interesante obra relativa á la India antigua y nueva, fué instituida la gran compañía de la India oriental el año de 1600, constituida de comerciantes y capitalistas. La asamblea reunida tiene el nombre de «La Corte de los propietarios.» El individuo con una imposición de 12 400 francos puede emitir su opinión en las sesiones de dicha asamblea, pero no tiene voto; con 25,000 francos se tiene un voto; con 72,000 francos, con 150,000 tres, y con 200,000 francos y mas cuatro votos. El número de accionistas propiamente dichos excede por lo regular de los 3,000; el de los votantes es raras veces mayor de 2,000. El capital social se compone de 150,000 millones de francos. Directores existen 18, de los cuales 12 son nombrados por los accionistas y 6 por la corona. El servicio civil es el mas estimado y ofrece mayores ventajas pecuniarias. Así es que al cabo de tres años de servicio en la India, se puede llegar á un sueldo anual de 37,500 francos, á los nueve á 75,000, y despues de los 12 á 100,000 francos; pero no pueden exceder nunca de los 120,000, á excepción del sueldo de gobernador general. El servicio de sanidad lo desempeñan 800 profesores que hicieron sus estudios precisamente en Europa, ascendiendo sus honorarios anuales de 7,500 á 500,000 francos, pagados tambien por la Compañía.

TERAPÉUTICA: — Como antidoto contra el envenenamiento por

deglución, se recomienda por el doctor Brewer el tratamiento siguiente: es preciso dar al enfermo una taza de agua tibia dulzorada con miel; ó bien en un medio cuartillo de agua tibia mezclar una cucharada de mostaza para constituir un emético simple y poderoso: ó verter en una fuente del servicio de mesa tres vasos grandes de agua hirviendo, á la que se añada una cantidad igual de aceite ó manteca, con la cual se bate hasta su completa disolución. De cinco en cinco minutos se hará tomar al paciente de esta bebida, hasta que establecido el vómito se consiga la total expulsión del veneno. Si fuese tarde en determinarse el vómito, se puede apresurar introduciendo en la garganta los dedos, ó por medio de litilaciones que se promueven con las barbas de una pluma. Este medio mecánico de producir el vómito no es admisible cuando el envenenamiento ha tenido lugar con corrosivos alcalis cáusticos, ó ácidos que hayan escoriado la garganta. La manera de calmar la irritación local que al tragar el veneno resulta en la persona que lo toma, es la de aplicar al vientre lienzos empapados en decocciones emolientes, ó hacer que tome el enfermo un baño tibio, cuya agua se recalienta de tiempo en tiempo. Si estos calmantes no fuesen suficientes, convendría la aplicación de diez ó doce sanguijuelas cerca de los puntos doloridos. Los ácidos minerales venenosos mas comunes son el muriático (chlorhídrico), el ácido nítrico (azóico), el ácido sulfúrico (vitriolo), el ácido piroleñoso (vinagre de madera), el sulfato de hierro (vitriolo verde ó caparrosa verde).

ARQUEOLOGÍA: — Los arqueólogos de París se preparan á salir para Alemania, invitados por el señor Mery á trasladarse á un bosque del Hesse electoral, con objeto de presenciar las excavaciones hechas en el sitio mismo en que perecieron Varo y las legiones que él mandaba. El señor Mery, á fuerza de estudiar y de profundizar las descripciones exactas de Tácito, ha llegado á descubrir la tumba levantada á la memoria de Varo y de las legiones romanas. A las primeras excavaciones, á los veinte piés de profundidad se encontraron medallas con la efigie de Germánico César «Germanicus Caesar,» lo que ha introducido confusión en los traductores de Tácito, que negando á Germánico el título de César, han puesto siempre Augusto ó Tiberio, donde encontraron la palabra «Caesar.» Hoy prueba el señor Mery con sus medallas, esto es, con testimonios de hace diez y nueve siglos, que Germánico se llamó en su tiempo César, y que todos los traductores han cometido, por consiguiente, errores enormes. Si este descubrimiento no significa nada, y es de ninguna importancia para muchos lectores, los doctos y los arqueólogos lo consideran ciertamente como un acontecimiento. Esto producirá alguna reparación por parte de los que estudiarán las obras de Tácito, y el señor Mery, instalado cerca de las excavaciones, se propone continuarlas con la cooperación de algunos sabios hasta dar con todo el bagaje de las legiones de Varo.

ECONOMÍA RURAL Y AGRICULTURA: — En Francia se matan por cálculo medio anualmente 4.000,000 de reses vacunas, de las cuales 2.000,000 son vacas. En Inglaterra el ganado vacuno sirve para suministrar carne y leche. En las labores rurales el único animal que se emplea es el caballo. De aquí resulta que mientras los 4.000,000 de cabezas de ganado que se matan anualmente en Francia, no pesan mas que 100 kilogramos cada una, los 2 000,000 que se matan en el Reino Unido pesan cada una 250. Dos millones de reses dan en Inglaterra cien millones de kilogramos mas que 4.000,000 en Francia. De otro modo: con 8.000,000 de cabezas de ganado y 30.000,000 de hectáreas de tierra, la agricultura inglesa produce 500 000,000 de kilogramos de carne, y la francesa con 10.000,000 de cabezas y 35.000,000 de hectáreas, no produce mas que 4.000,000 de kilogramos.

— En un periódico württembergués, de intereses y de economía rural, leemos que la industria pecuaria ha tomado tal ascendiente en aquel país, que ya de tres decenios á esta parte pudo, con caballos de las yeguas del Estado y de particulares, cubrir las remontas para el ejército nacional, y aun vender para el extranjero un número bastante considerable. La afición á la cría caballar toma entre los naturales cada vez mayor incremento, para lo cual el rey es el primer promovedor y protector, disponiendo exposiciones anuales, al cabo de las cuales se adjudica á los expositores premios pecuniarios considerables, debidos en gran parte á la munificencia del soberano.

HORTICULTURA: — Pocas plantas exóticas se han aclimatado mejor en Europa que la fucsia y el pelargonium; apenas hay un balcón que no se adorne con ellos ó un jardín en el que no brille como su mejor gala. La forma de la fucsia, sus delicados colores la hacen sumamente hermosa: los pelargonios ó geranios seducen por su infatigable florescencia. — Hacia fines del siglo XVI, la descubrió en Nueva Granada el misionero francés el padre Plumier, á la orilla de un arroyo: como sabemos es un arbusto con muchas campanitas encarnadas por flores que él llamó «Fuchsia triphylla flore cocinea» en honor al difunto profesor Leonardo de Fuchs, autor de uno de los libros mas célebres herbarios. Despues se extendieron varias clases como la «F. fulgens,» y la «F. corymbiflora;» mas tarde los amigos de flores dieron mucha estimación á la conocida con el nombre de «Napoleon» y á la «F. Vénus Victrix.»

El cultivo de la fucsia es sumamente sencillo; cuando la planta es jóven, conviene que la tierra sea arenosa, pero cuando llega á tener algunas pulgadas de altura, se la trasplanta á otra nutritiva y se mezcla con estiércol, con virutas de cuerno, con huesos pulverizados y guano. Las hay que crecen en invernáculos y otras que necesitan estar al aire libre y recibir el sol. Nombraremos entre las mas extendidas la F. hybrida, Vénus de Médicis, emperador Napoleon, emperatriz Eugenia, Virgen de Kent, Fíguro, Maravilla, Carlomagno, Doña Joaquina, Malakoff, volcan de agua, Baudry, rosea espléndida, estas con corola azul ó encarnada. Las que

tienen corola de variados colores, son: gloria de Neis, Rafael, «striato formosiprima,» Camaleon, Surprice. Las blancas: condesa de Burlington, galanthiflora, Storny, reina Victoria, ninfa de las aguas y ranunculiflora.

Los pelargonios ó geranios se dividen en dos clases; unos que son propios para crecer al aire libre, y otros que no tienen mas cultivo que en macetas. A los últimos pertenecen los geranios ingleses del Cabo de Buena Esperanza: otra clase es la llamada Scarlet, (P. inquinaus) de Santa Elena; y por último los africanos (P. zonale) con pequeñas flores. Los que se estiman tanto en las habitaciones de los labradores y de los pobres (P. radula roseum) no tienen vista alguna, pero sí un olor agradable y hermosas hojas. Despues de estas clases principales hay otras muchas, entre las que merecen consideración los geranios ingleses de hojas grandes y redondas, con la multitud de variedades que ellos han introducido. Los de Odier son en magnitud, forma y colores todo lo que puede desearse.

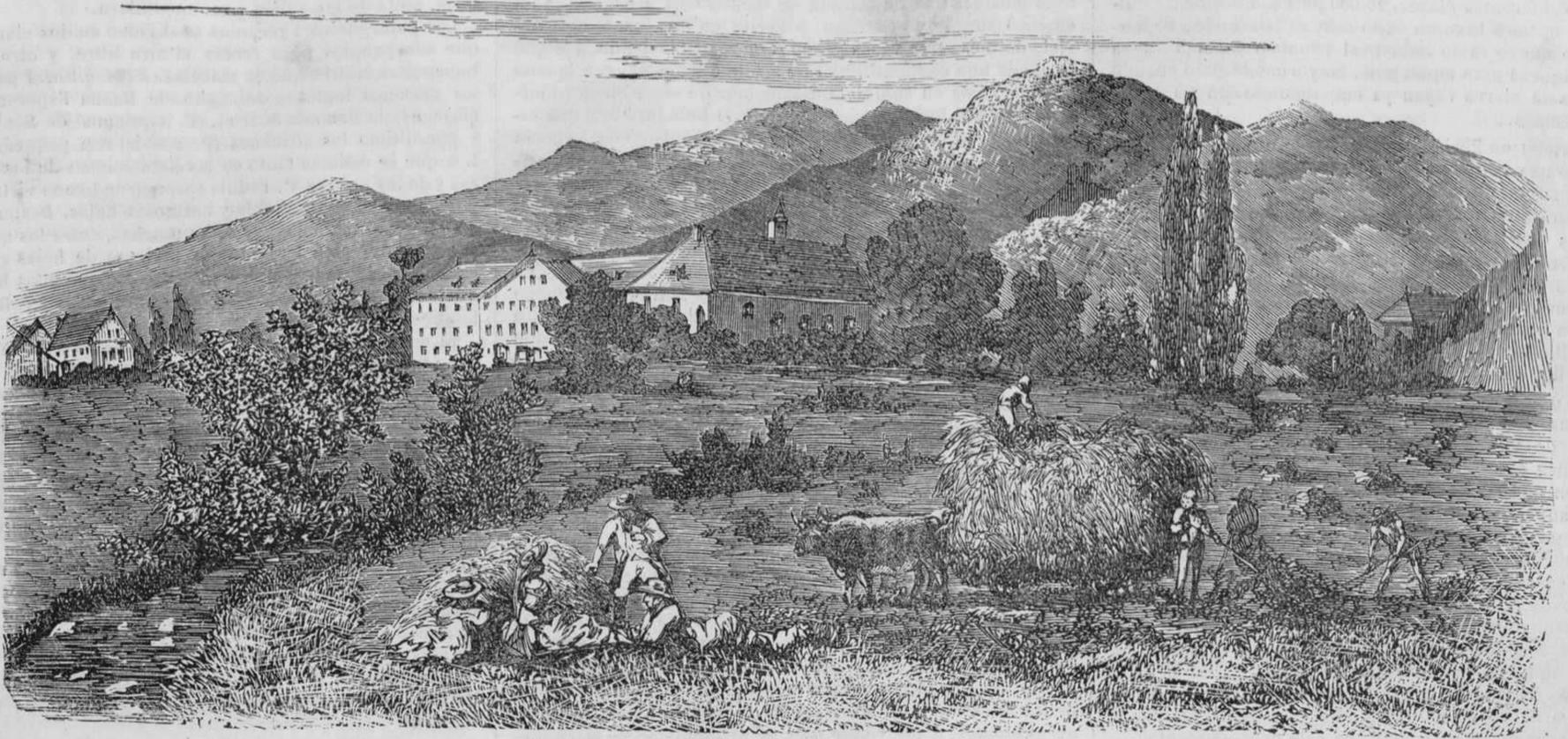
El cultivo se diferencia segun las clases: las inglesas es preciso tenerlas en macetas y necesitan tierra como la fucsia, un poco estercolada y parecida á la de los céspedes. Los nuevos se cortan en junio y julio de madera no muy blanda, de las plantas mayores y de aquellas que se tiran: crecen lentamente aun al aire libre, y deben exponerse á él de tiempo en tiempo. Cuando llegan á tener algunas pulgadas de alto, se les quitan las puntas para que formen mas ramas: cuando están en flor se les evita la lluvia, y si se quiere que florezcan todo el verano, se cortan las ramas que la hayan perdido, y se renueva la tierra. Todos los geranios requieren sol, pero los hay que crecen á la sombra: en los jardines pueden plantarse los llamados «tom thumb,» flor del día, atracción, «lady Plymouth» (roseum), montaña de luz, bola de nieve, etc. Para tener planta para el año próximo, se cortan los tallos en julio y agosto, y los ejemplares antiguos en tiestos pueden tenerse todo el invierno en cuevas secas, sin regarlos.

HISTORIA NATURAL: — ¿Quién no conoce al volador reptil pterodáctilo, que fué descubierto en estado de petrificación en las canteras de Solenhöfen, reino de Baviera, el cual tiene una semejanza mayor para con los dragones alados de los chinos, que otro cualquier animal que conocemos en el día? Encontramos este fósil representado en todas las obras modernas de geología, y ahora podemos noticiar á nuestros lectores, de que últimamente se ha hallado un ejemplar vivo de este animal de tan extrañas formas. Acerca de este interesante descubrimiento, dice el *Moniteur de l'agriculture* lo que sigue: «Ocupados unos trabajadores en el arranque de piedras en una cantera del término de Culmont (en el departamento del Haute-Marne), se encontraron en una concavidad subterránea con un animal vivo y monstruoso, perteneciente á la clase de los reptiles, pero que se habia considerado como una especie enteramente desaparecida. Su longitud es muy notable, tiene un hocico muy sacado, agudos dientes y anda sobre cuatro piés bastante altos, provistos de membranas que le sirven de alas para volar. En cada uno de los remos tiene cuatro fuertes dedos ó garras con uñas bastante encorvadas y largas. La configuración se parece mucho á la del murciélago, y el tamaño es como el de un ganso bien cebado. Las alas membranosas miden en toda su extensión 3 metros con 22 centímetros. El color de este animal es de un negro sucio, y el pellejo está cubierto de pelo muy corto. Al abrirse las tripas del reptil salía un líquido incoloro, semejante al agua limpia. Luego que el animal vió la luz del día, desfalleció muy pronto, aleteando las membranas débilmente y dando un grito agudo, murió á la vista de los asombrados trabajadores. El cadáver fué conducido á Gray, y reconocido por un naturalista muy versado en paleontología, lo declaró definitivamente un pterodáctilo Anas.»

MEDICINA: — Un análisis químico, practicado en Berlin en el laboratorio del doctor Somerschein por los señores de Jarriges con la sidra, ó vino de manzana, cuya especial virtud medicinal halla en el día tantos protagonistas y defensores, dió por resultado que este vino contiene muchas menos especies de éter que no el del zumo de las uvas, y que la escasez de azucar, en relacion con la notable cantidad de alcohol, induce á sentar por principio, que el intermedio de esta sustancia resulta despues de la fermentación. Estableciéndose empero la cuestion relativa al efecto que debe producir sobre el cuerpo la sidra, con su contenido de alcohol, ácidos y sales, no será el juicio mas favorable, que el sentado ya por los médicos mas nombrados de nuestra época, en cuanto á los vinos blancos ácidos. La propinación de la sidra debe tener lugar tan solo tratándose de enfermedades enteramente especiales, cuyo conocimiento y determinación solo es dable á los facultativos, en cuyo caso podrá efectivamente surtir buen efecto la sidra como medicamento. En cambio, administrado que sea por personas incompetentes, ó acaso por algun curandero de profesion, téngase por seguro que el resultado será casi siempre mas bien perjudicial que no provechoso, y bien se podrian citar en corroboración de este aserto muchos ejemplos evidenciales.

MINAS: — Del Popocatepetl, montaña volcánica de Méjico, entre los 100° 51' de longitud O, y 18° 59' de latitud N., una de las montañas mas elevadas del globo, pues tiene 18,900 piés, extráese en el día azufre con mucha abundancia. Los filones tienen una potencia admirable, y aun haciendo bajar por el cráter toneles y cajas que en la parte inferior tienen practicado un agujero, se llenan durante una sola noche de azufre cristalizado de una calidad excelente. Tambien del cráter del volcan Orizaba se explotan grandes cantidades de aquella sustancia mineral. Esta montaña, conocida tambien bajo el nombre de Citlaltepétl, se halla en la parte occidental del estado de Veracruz y tiene 19,019 piés de elevación, y el subir á ella no ofrece mayor dificultad.

Establecimiento hidroterápico del Hub en el ducado de Baden.



Establecimiento hidroterápico del Hub (ducado de Baden).

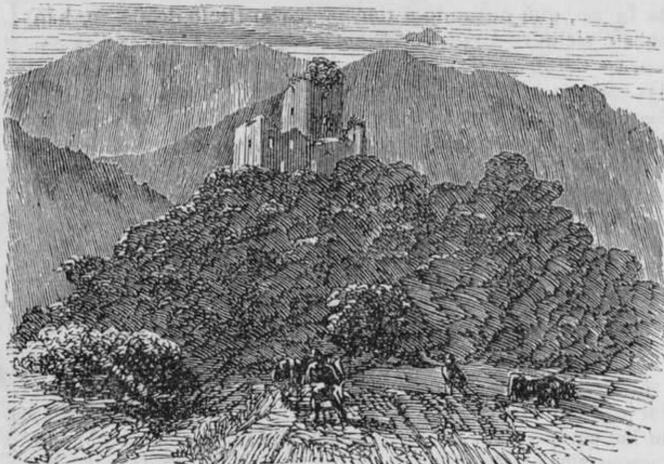
Las grandes elevaciones de la Selva Negra, como no toman pié inmediatamente en la llanura, proyectan en el valle badense innumerables colinas, contrafuertes hospitalarios detrás de los cuales se abrigan esos nidos encantadores, joyas del gran ducado de Baden, donde todos los años acuden nubes de bañistas y de viajeros para restablecer su salud, y sobre todo para divertirse.

Entre los pequeños establecimientos de baños donde se vive en familia, lejos del ruido del mundo y sin etiqueta de ninguna especie, se cuenta el del Hub.

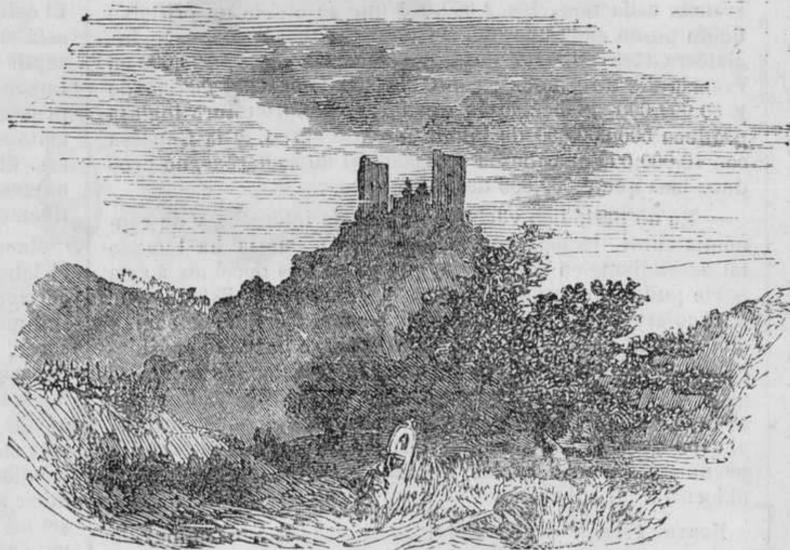
Situado en la vertiente occidental de la cordillera principal de la Selva Negra á algunos centenares de metros sobre el nivel de la llanura, el Hub, protegido contra el Norte, se halla encerrado en un valle que se redondea por detrás; las alturas próximas están cubiertas de espesos montes de abetos que forman á la vez una protección contra los vientos y un foco de emanaciones balsámicas.

De esas alturas baja un torrente alimentado por manantiales de aguas vivas, y cuya temperatura no se eleva casi nunca á mas de 12 grados. Esa agua sirve para el tratamiento hidroterápico á que se halla consagrado el establecimiento. Se administra exteriormente, ya en forma de baños de ondas formadas por un brazo del torrente que se hace caer sobre los hombros del bañista sentado en una casilla elegante; ya en forma de chorros de una fuerza variable, y generalmente de todas las maneras usadas en la hidroterapia, como inmersiones, fricciones, etc.; siempre bajo la vigilancia de un médico tan inteligente como experimentado, secundado por un personal bien al corriente de las operaciones, y por disposiciones mecánicas ingeniosamente establecidas.

El Hub posee además de este otro establecimiento termal de una reputación ya muy antigua; el manantial que le alimenta da un agua á 22 grados de una composición análoga al agua de la fuente de Baden, y



Castillo de Lauf.



Castillo de Windeck.

ofrece ventajas señaladas para las afecciones pectorales y reumáticas.

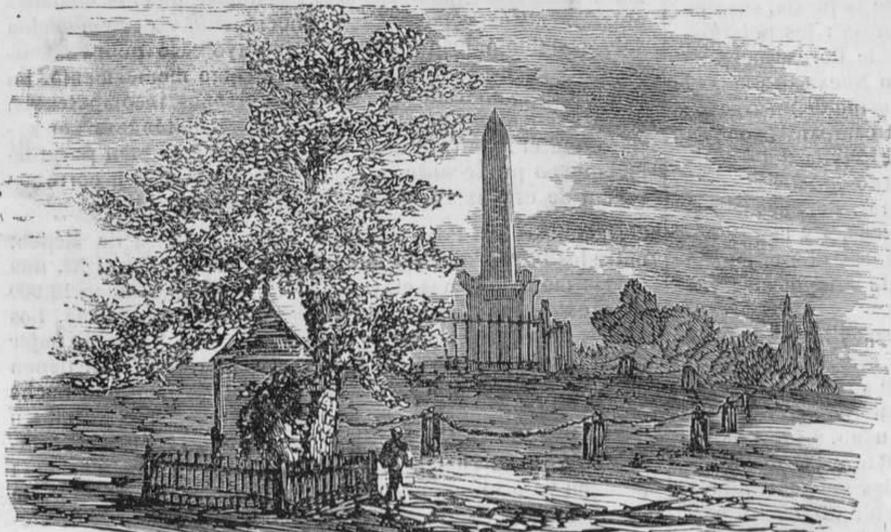
De ese arsenal terapéutico depende un vasto gimnasio, para dar á las diferentes partes del cuerpo los ejercicios que completan el tratamiento. Por último, un rebaño de cabras blancas de Suiza, que vive en la cumbre de los montes y se alimenta de plantas aromáticas, suministra una leche preparada por un pastor del Apenzell, que permite á los enfermos del pecho el emprender sin fatiga su curación, á la cual contribuye mucho la rica uva de las colinas próximas.

En suma, el aire puro y vivificador que se respira en esa comarca, las comodidades que hay en los cuartos del establecimiento, el régimen sano y nutritivo, la vida agradable y pacífica forman con los recursos del tratamiento un conjunto de medios de una eficacia poderosa para muchas enfermedades crónicas, y sobre todo para las neurosis cuyo carácter principal reside en sus alternativas de excitación y de languidez.

Para los convalecientes, los viajeros y todos aquellos que buscan la emoción de lugares desconocidos, el Hub ofrece un centro admirable. Saliendo de él hacia los cuatro puntos cardinales se hallan: el *Mummelsée* con sus cortes sombríos y fantásticos; el *Wildensée* sublime en medio de su naturaleza grandiosa y desolada; los risueños valles de Kappel y de Seebach con sus innumerables casitas rústicas; el *Brigitten Schloss*; el castillo de Lauf y el castillo de Windeck para los arqueólogos; el baño de Erlenbod, y allí cerca el monumento de Turena, elevado en el sitio mismo donde recibió un golpe mortal aquel capitán ilustre.

Al Este, se ven las rocas de las Cabras, Neusatz, Neusatzek y el curioso monumento de Immenstein.

Al Norte, Rastadt, Baden, Steinbach, Rittersbach, patria del arquitecto de la catedral de Estrasburgo, y Buhl, antiguo pueblecillo cuya elegante población femenina baja á los bailes que se dan cada quince días en el establecimiento hidroterápico.



Monumento de Turena en Saasbach.



El peñón de Immenstein.